

## IGNACIO A POLICARPO

Ignacio, llamado también portador de Dios,  
a Policarpo, obispo de la iglesia de los esmirnenses,  
o mas bien nombrado obispo por Dios Padre  
y el Señor Jesucristo <sup>1</sup>,  
alegría plena.

I.1. Aplaudiendo tu sentir en Dios, fundado como piedra in-  
movible <sup>2</sup>, te doy gloria con profusión por haber sido digno de tu  
presencia irreprochable, de la que ojalá me gozase <sup>3</sup> en Dios. 2. Te  
exhorto por la gracia, de la que estás revestido, a avanzar en tu carre-  
ra <sup>4</sup>, y a que exhortes a todos a salvarse. Desempeña tu puesto con  
toda solicitud carnal y espiritual; preocúpate de la unidad; nada hay  
mejor que ella. Aguanta a todos, como a ti el Señor; a todos soporta  
en caridad <sup>5</sup>, como ya haces. 3. Dedícate sin cesar a la oración <sup>6</sup>; pide  
mayor inteligencia que la que tienes; vigila sin descanso tu espíritu. A  
cada uno en particular, háblales al estilo de Dios. Carga con las enfer-  
medades de todos <sup>7</sup>, como verdadero atleta; cuanto mayor es el esfuer-  
zo, más es la ganancia.

II.1. Si amas a los buenos discípulos, no tienes ningún mérito <sup>8</sup>;  
es preferible que con mansedumbre sometas a los más pestilentes. No  
toda herida se cura con el mismo emplasto. Calma los accesos de  
fiebre con aplicaciones húmedas. 2. Sé prudente en todo como ser-  
piente y sencillo siempre como paloma <sup>9</sup>. Por eso eres carnal y espiri-  
tual, para que las cosas que son patentes a la vista las trates con

halagos y pide que las invisibles te sean manifiestas; así nada te fallará y abundarás en todo carisma <sup>10</sup>. 3. El tiempo requiere de ti, como el piloto aguarda vientos favorables y el navegante a punto de naufragar el puerto, alcanzar a Dios. Sé sobrio <sup>11</sup>, como atleta de Dios; el premio es la incorrupción y la vida eterna, de la que tú estás convencido. En todo yo soy tu rescate y mis cadenas, que acariciaste.

III.1. Los que se creen dignos de fe y enseñan doctrinas extrañas <sup>12</sup> no te amedrenten. Mantente firme <sup>13</sup>, como yunque golpeado. De gran atleta es ser desollado y vencer. Es preciso que soportemos cosas mayores por Dios, para que El nos soporte. 2. Sé más diligente de lo que eres. Discierne los tiempos <sup>14</sup>. Aguarda al que está por encima del tiempo, al intemporal, al invisible, que por nosotros se hizo visible; al impalpable, al impasible, que por nosotros se hizo posible; al que por nosotros sufrió de todas las maneras <sup>15</sup>.

IV.1. Las viudas no sean desatendidas; sé tú protector de ellas, después del Señor. Nada se haga sin tu consentimiento; nada hagas tú sin el de Dios, como nada haces; sé constante. 2. Sean frecuentes <sup>16</sup> las reuniones <sup>17</sup>. Busca a todos por el nombre. No trates con altanería a siervos y siervas; pero tampoco se engrían ellos, sino sean mejores esclavos <sup>18</sup> para gloria de Dios, a fin de que alcancen de Dios una libertad mejor. No busquen ser libres a costa de la comunidad para que no se hagan esclavos de deseo desordenado <sup>19</sup>.

V.1. Huye de las malas artes <sup>20</sup>; mejor, haz un comentario en público sobre ellas <sup>21</sup>. Recomienda a mis hermanas que amen al Señor y que se contenten con sus maridos, en la carne y en el espíritu. Igualmente, predica a mis hermanos en el nombre de Jesucristo que amen a las esposas como “el Señor a la iglesia” (Ef 5, 25ss). 2. Si alguno puede permanecer en castidad para honra de la carne del Señor, permanezca sin engrimiento <sup>22</sup>. Si se engríe, está perdido, y si se estima más que el obispo, está corrompido <sup>23</sup>. Respecto de los casados y de las casadas, que hagan la unión con consentimiento del obispo para que el matrimonio sea conforme al Señor <sup>24</sup>, y no según el deseo desordenado. Que todo sea para honra de Dios!

VI.1. Prestad atención al obispo, para que también Dios os atienda a vosotros. Yo me ofrezco como rescate <sup>25</sup> de los que se someten al

obispo, presbíteros, diáconos y pueda tener parte con ellos en Dios. Trabajad juntos, combatid juntos <sup>26</sup>, corred juntos, padeced juntos, descansad juntos, despertad a la vez como ecónomos, asistentes y servidores de Dios <sup>27</sup>. 2. Agradad al que hace de capitán <sup>28</sup>, de quien también recibiréis el sueldo; nadie de vosotros sea hallado desertor. Permanezca vuestro bautismo como armadura, la fe como yelmo, la caridad como lanza, la paciencia como panoplia <sup>29</sup>; vuestros arsenales sean vuestras obras, para que recibáis las sumas de las que sois dignos. Sed magnánimos unos con otros en mansedumbre, como Dios con vosotros. Ojalá goce yo de vosotros siempre!

VII.1. Puesto que la Iglesia de Antioquía de Siria está en paz, por vuestra oración, según se me ha manifestado, yo también me siento más animado, en el abandono de Dios, si por padecer alcanzo a Dios, para ser hallado en la resurrección discípulo vuestro <sup>30</sup>. 2. Conviene, muy bienaventurado de Dios Policarpo, convocar un consejo divinísimo y elegir a uno a quien tengáis particular amor y que sea diligente, que podría ser llamado "correo divino" <sup>31</sup>; este será diputado para que, una vez que vaya a Siria, ensalce vuestra diligente caridad para gloria de Dios <sup>32</sup>. 3. El cristiano no es dueño de sí mismo, sino que estará dedicado a Dios. Esta obra es de Dios y de vosotros, cuando la llevéis a cabo. Porque creo en la gracia que estáis dispuestos a hacer una buena obra agradable a Dios, conociendo vuestro celo por la verdad, os he exhortado con brevedad.

VIII.1. Puesto que no he podido escribir a todas las iglesias por tener que zarpar precipitadamente de Troas a Neápolis, como ordena la voluntad del Señor <sup>33</sup>, tú escribirás a las iglesias más alejadas, como quien posee el consentimiento de Dios, para que ellas hagan lo mismo. Las que puedan, envíen mensajeros; los que no, cartas por medio de los enviados por ti, a fin de que seáis glorificados por una obra eterna, como tú eres digno.

2. Os saludo a todos por el nombre y a la mujer de Eпитроро, con toda su casa e hijos. Saludo a Atalo, mi querido. Saludo al que sea digno de ir a Siria: que la gracia esté siempre con él y con Policarpo que lo envía. 3. Suplico que vosotros permanezcáis siempre en nuestro Dios Jesucristo; permaneced en El, en unidad de Dios y vigilancia. Saludo a Alce, nombre para mí querido. Salud en el Señor.

## NOTAS

1. cfr 1 Pe 2, 25.
2. cfr Mt 7, 25.
3. cfr Film 20.
4. cfr Act 13, 25; 20, 24; 2 Tim 4, 7; 1 Cor 9, 24; 1 Clem 6, 2.
5. cfr Ef 4, 2.
6. 1 Cor 7, 2; 1 Tes 5, 17.
7. Mt 8, 17; Is 53, 4 TM.
8. cfr. Lc 6, 32.
9. Mt 10, 16.
10. Sant 1, 4s; 1 Cor 1, 7.
11. cfr Tertuliano, Ad uxorem II, 4.
12. cfr 1 Tim 1, 3; 6, 3.
13. cfr 1 Cor 7, 37; Job 41, 16.
14. cfr Mt 16, 3; Lc 12, 16.
15. cfr Bern 5, 6. 12; 14, 4.
16. cfr Did 16, 2; Ign Ef 13, 1.
17. cfr Sant 2, 2; Heb 10, 25.
18. 1 Tim 6, 2.
19. cfr 1 Cor 7, 21s. 23.
20. cfr Ign Fild 6, 2.
21. cfr Act 20, 11.
22. cfr 1 Clem 38, 2.
23. cfr Sch 10, p. 151, nota 4.
24. cfr 1 Cor 7, 39.
25. cfr 1 Jn 3, 16; 4 Mac 6, 29; 17, 21.
26. cfr Filp 1, 27; 4, 3; 2 Tim 2, 5; 1 Clem 5, 2.
27. cfr Rom 9, 6; 1 Cor 9, 24. 26; Gal 2, 2; 5, 7; Filp 2, 16; Heb 12, 1. 1 Cor 4, 1; 1 Pe 4, 10; Tit 1, 7.
28. cfr 2 Tim 2, 4.
29. Rom 13, 12; Ef 6, 11ss; 1 Tes 5, 8; Is 11, 5; 59, 17; Sab 5, 17ss.
30. cfr Ign Rom 4, 2; 5, 3.
31. Término agonístico-militar.
32. cfr Fild 10, 1; Smir 11, 2.
33. cfr Ign Ef 20, 1; Rom 1, 1; Smir 11, 1. Pablo, Rom 2, 18.

## POLICARPO DE ESMIRNA

De Policarpo estamos mejor informados que de Ignacio, ya que tenemos el testimonio del Obispo de Antioquía, el del mismo Pol en su carta a los Filipenses y el relato de su Martirio, además del testimonio de Ireneo de Lyon. Este, escribiendo, en tiempos del papa Víctor (h. 190), a un amigo de infancia, Florino, caído en el gnosticismo, le evoca los recuerdos de su niñez en Esmirna: "Porque, siendo yo niño todavía, te vi en casa de Policarpo en Asia inferior, cuando tenías una brillante actuación en el palacio imperial y te esforzabas en acreditarte ante él. Y es que yo me acuerdo más de los hechos de entonces que de los recientes... tanto que puedo incluso decir el sitio en que el bienaventurado Policarpo dialogaba sentado, así como sus salidas y entradas, la índole de su vida y el aspecto de su cuerpo, los discursos que hacía al pueblo, cómo describía sus relaciones con Juan y con los demás que habían visto al Señor... Esto puede comprobarse claramente por las cartas que escribió, bien a las iglesias vecinas, confortándolas, bien a algunos hermanos amonestándolos y exhortándolos. Esto dice Ireneo" (Eusebio, HE V, 20, 5-8).

Policarpo es, pues, un "varón apostólico", que convivió "con muchos que habían visto al Señor", "instituido por los apóstoles obispo de Asia, en la iglesia de Esmirna", "vivió muchos años y murió muy viejo, después de dar glorioso y espléndido testimonio"; "siempre enseñó lo que había aprendido de los apóstoles, que es también lo que la iglesia transmite y lo único que es verdad" (HE V, 14, 3-4s). El mismo Tertuliano, refiriéndose a la tradición de la iglesia esmirnense, precisa que Policarpo fue nombrado obispo por Juan (De praescr 32, 2; cfr Jerónimo, De vir ill 17).

De nuevo, Ireneo a través de Eusebio nos informa que fue a Roma en el pontificado de Aniceto “por causa de cierta cuestión del día de la Pascua” (HE V, 14, 1). Se trata de la controversia pascual, ya que la Iglesia de roma la celebraba en domingo, día de la resurrección, mientras que las iglesias asiáticas, fieles a la tradición judía, la hacían coincidir con el 14 de Nisán. Así dice el obispo de Lyón: “Y hallándose en Roma el bienaventurado Policarpo en tiempos de Aniceto, surgieron entre los dos pequeñas divergencias, pero enseguida estuvieron en paz, sin que acerca de este capítulo se querellaran mutuamente, porque ni Aniceto podía convencer a Policarpo de no observar el día —como siempre lo había observado, con Juan, discípulo del Señor y con los demás apóstoles con quienes convivió—, ni tampoco Policarpo convenció a Aniceto de observarlo, pues éste decía que debía mantenerse la costumbre de los presbíteros antecesores suyos” (EH V, 24, 16). No obstante la disputa y el diverso planteamiento de las partes, Aniceto “cedió a Policarpo la celebración de la eucaristía, evidentemente por deferencia y en paz se separaron el uno del otro...” (HE V, 24, 17).

Ignacio lo encuentra en Esmirna (Ef 21, 1), siendo muy joven, a quien da consejos y de quien traza un retrato (Pol 1, 2; 3, 1), viendo en él “un rón verdaderamente apostólico”, “pastor legítimo y bueno” de Esmirna, al que “confía su propio rebaño de Antioquía y le pide que se preocupe de él con solicitud” (HE III, 36, 10; cfr Ign Pol 7, 2).

Se comprende, pues, la influencia que tuvo en las iglesias del Asia y el prestigio que gozó incluso entre los paganos, que cuando iba a ser quemado, al entrar en el estadio la multitud gritaba: “Este es el maestro de Asia, el padre de los cristianos, el destructor de nuestros dioses, el que enseña a muchos a no sacrificar ni adorar”. (Mart Pol 12, 2).

\* \* \*

Ireneo conocía “una carta de Policarpo, escrita a los filipenses, importantísima, por la cual pueden aprender la índole de su fe y su mensaje de la verdad aquellos que lo quieran y que se preocupan de su propia salvación” (HE IV, 14, 8; cfr Ireneo, AH III, 3, 3). Según Eusebio, en dicha carta a los filipenses, “conservada hasta el presente, hace uso de algunos testimonios tomados de la primera carta de Pedro” (He IV, 14, 9). La ocasión del escrito está indicada en la misma

epístola: pasando por Filipos, Ignacio escribe al obispo de Esmirna que haga llegar una misiva suya a la iglesia de Antioquía: “Me escribísteis vosotros e Ignacio para que, si alguno marchara a Siria, llevase también vuestras cartas. Tal haré si encuentro ocasión favorable, o bien yo mismo o bien uno que envíe y que será también embajador de vuestra parte. Las cartas de Ignacio que él envió y todas las otras que teníamos con nosotros, os las enviamos, como nos lo habéis pedido; van adjuntas a la presente carta. De ellas podréis sacar gran provecho, ya que están llenas de fe, de paciencia y de toda edificación concerniente a nuestro Señor” (HE III, 36, 14-15; cfr HE III, 36, 13). Ese mismo encargo, se lo hace Ignacio en su epístola a Pol (7, 2; cfr Fild 10, 1; Smirn 11, 2).

Contenido: Elogio a comunidad tan célebre, que ha acogido a los mártires, “ejemplos de verdadera caridad”, “cargados de santísimas cadenas” (I). Exhortación a permanecer fieles, tras las huellas de Cristo (II), y la enseñanza de Pablo, con cuya carta “podréis edificaros en la fe” (III). Conviene huir del dinero, caminando “en el mandamiento del Señor”, ya que conoce los secretos de “nuestro corazón: (IV). Deberes de las esposas, viudas, diáconos y jóvenes (V). Perfil del verdadero presbítero, siguiendo la teología “pastoral” del Apóstol (VI). “Quien no confiese que Jesucristo ha venido en carne en un anticristo”; hay que permanecer en la palabra transmitida desde el principio (VII). Cristo es nuestra esperanza: seamos imitadores de “su paciencia” (VIII) y la de los mártires ilustres, que amaron al que por nosotros murió y resucitó (IX). Seguir su ejemplo, inmutables en la fe, con conducta irreprochable (X). La desertión del presbítero Valente, que Dios perdone (XI). A vosotros, versados en las Escrituras, os edifique el Señor y “seáis perfectos en El” (XII).

\* \* \*

Como puede apreciarse, el contenido es limitado. “Llena de buenos consejos, de claridad y sencillez y conforme al estilo eclesiástico”, como la definió Focio (Bibl. cód. 126). Ireneo invita a ver en ella “el carácter de la fe y la enseñanza de la verdad” (AH III, 3, 4).

La enseñanza o contenido de índole doctrinal es también reducido. Fe en Dios “Padre de nuestro Señor Jesucristo”, en Cristo, “sumo sacerdote eterno, Hijo de Dios” (12, 2), viendo en la resurrección de Cristo el testimonio más evidente de su filiación divina.

Como Ign, reacciona vigorosamente contra las tendencias docetas e inspirándose en 1 Jn afirma la venida en carne de Cristo, y su real pasión y el testimonio de la cruz (7, 1).

Sobre la iglesia, comunidad "peregrina" (inscr.), se limita a mencionar a los presbíteros y diáconos, sin nombrar al obispo de Filipos, tal vez porque no existía.

Nos ha llegado la epístola en 9 mm ss., en dos familias, procedentes del Vat. 859, del s. XI. Tienen una laguna en el capl. IX, 2.

## SAN POLICARPO, OBISPO DE ESMIRNA Y MARTIR SAGRADO, SEGUNDA CARTA A LOS FILIPENSES

Policarpo y los presbíteros que están con él,  
a la iglesia de Dios que habita peregrina <sup>1</sup> en Filipos:  
que la misericordia y la paz,  
de parte de Dios omnipotente  
y de Jesucristo, nuestro Salvador,  
se multiplique entre vosotros.

I.1. Mucho me alegré con vosotros, en nuestro Señor Jesucristo, porque recibisteis los ejemplos de la verdadera caridad y acompañastéis, como os correspondía, a los que iban cargados con aquellas santísimas cadenas, que son las diademas de los realmente elegidos por Dios y nuestro Señor; 2. y porque aquella raíz tan firme de vuestra fe, que desde tiempos antiguos <sup>2</sup> es celebrada, permanece hasta el presente y fructifica para el Señor nuestro Jesucristo, que sufrió por nuestros pecados hasta la muerte, a quien Dios resucitó, liberándolo de los dolores del Hades (Act 2, 24). 3. “En El creéis vosotros, sin haberle visto, con alegría inefable” (1 Pe 1, 8), a la que muchos desean llegar sabiendo que “por pura gracia fuistéis salvados y no por vuestras obras” (Ef 2, 5. 8s) <sup>3</sup>, sino por voluntad de Dios, por medio de Jesucristo.

II.1. “Por lo cual ceñidos vuestros lomos, servid” a Dios “en temor” (1 Pe 1, 13) y en verdad, dejando a un lado la vana palabrería y

el extravío del vulgo, creyendo en el “que resucitó a nuestro Señor “de entre los muertos y que le dio gloria” (1 Pe 1, 21) y trono a su derecha. A El fueron sometidas todas las cosas celestes y terrestres <sup>4</sup>; a El rinde culto todo cuanto respira; El vendrá como “juez de vivos y muertos” (Act 10, 42) y cuya sangre ha de requerir Dios a los que no crean en El. 2. Ahora bien, “el que le resucitó” de entre los muertos, “también nos resucitará a nosotros” (2 Cor 4, 14), con tal que cumplamos su voluntad y caminemos en sus mandamientos y amemos lo que El amó, apartados de toda iniquidad, avaricia, codicia, maledicencia, falso testimonio, “no devolviendo mal por mal, ni injuria por injuria” (1 Pe 3, 9), ni golpe por golpe, ni maldición por maldición; acordándonos más bien de lo que el Señor enseñó, diciendo: “No juzguéis y no seréis juzgados” (Mt 7, 1 y parl), “perdonad y se os perdonará” (Lc 6, 37 y parl), compadeced y seréis compadecidos (cfr Lc 6, 36; Mt 5, 7), “con la medida que midiéreis, se os medirá a vosotros” (Lc 6, 38; Mc 4, 24). Y además, “bienaventurados los pobres” (Lc 6, 20; Mt 5, 3), y “los que padecen persecución por la justicia, porque suyo es el reino de Dios” (Mt 5, 3. 10; cfr Lc 6, 20).

III.1. Todo eso, hermanos, que os escribo sobre la justicia, no es por iniciativa propia, sino porque vosotros me lo solicitásteis. 2. Porque ni yo ni nadie semejante a mí es capaz de competir con la sabiduría del bienaventurado y glorioso Pablo; quien, estando entre vosotros, enseñó puntual y firmemente la palabra de la verdad a cada uno de los hombres de entonces, y, ausente, os escribió una carta <sup>5</sup>, con cuya lectura podréis edificaros en la fe que os ha sido dada. 3. Esa fe es madre de todos nosotros (Gal 4, 26), acompañada de la esperanza y precedida de la caridad para con Dios, para con Cristo y para con el prójimo. El que tenga éstas, ha cumplido el mandamiento de la justicia; porque el que tiene caridad está muy lejos de todo pecado.

IV.1. “Principio de todos los males es el amor al dinero” (1 Tim 6, 10). Así pues, sabiendo que “nada trajimos al mundo” y tampoco “nada nos llevaremos” (1 Tim 6, 7; cfr Job 1, 21), armémonos con las armas de la justicia <sup>6</sup> y enseñémonos unos a otros a caminar en el mandamiento del Señor. 2. Luego, también a nuestras mujeres en la fe que les ha sido dada y en el amor y en la castidad, queriendo cariñosamente a sus propios maridos en toda verdad y amando a todos por igual en toda continencia, y también educar a los hijos en la

disciplina del temor de Dios <sup>7</sup>. 3. Que las viudas sean prudentes en lo que atañe a la fe del Señor, orando incesantemente por todos, muy ajenas a toda calumnia, maledicencia, falso testimonio, codicia y a todo mal; sabiendo que son altar de Dios y que el Señor escrudifica todo y que nada se le oculta ni de nuestros pensamientos ni de nuestras intenciones, ni secreto alguno de nuestro corazón <sup>9</sup>.

V.1. Sabiendo, pues, que “de Dios nadie se burla” (Gal 6, 7), caminemos de manera digna de su mandamiento y de su gloria. 2. Igualmente, los diáconos <sup>10</sup> sean irreprochables ante su justicia, como servidores que son de Dios y de Cristo y no de los hombres. No sean calumniadores, dobles en sus palabras, desinteresados, continentes en todo, misericordiosos, diligentes, que caminen en la verdad del Señor, que se hizo servidor de todos <sup>11</sup>. Si le agradamos en la vida presente, recibiremos la venidera, según nos prometió resucitarnos de entre los muertos, y si nos portamos de manera digna de El, “reinaremos también con El” (2 Tim 2, 12), si creemos. 3. Del mismo modo, los jóvenes sean irreprochables en todo, procurando ante todo la castidad, y refrenándose a sí mismos de todo mal. Porque es bueno que nos abstengamos de las concupiscencias del mundo, pues “toda concupiscencia milita contra el espíritu” (1 Pe 2, 11); y “ni los fornicarios, ni los afeminados, ni los sodomitas heredarán el reino de Dios” (1 Cor 6, 9s), ni los que hacen cosas absurdas <sup>12</sup>. Por lo tanto, es necesario apartarse de todas estas cosas, y estar sumisos a los presbíteros y diáconos como <sup>13</sup> a Dios y a Cristo. Que las vírgenes caminen en conciencia irreprochable y casta.

VI.1. Y los presbíteros tengan entrañas de misericordia, compadeciéndose de todos, enderezando lo extraviado <sup>14</sup>, visitando <sup>15</sup> a los enfermos <sup>16</sup>, no descuidando la viuda ni el huérfano ni el pobre, sino pensando siempre en el bien delante de Dios y de los hombres <sup>17</sup>; muy ajenos a toda ira, a la acepción de personas, al juicio injusto, lejos de toda codicia, no creyendo inmediatamente la acusación contra nadie; no severos en el juicio, conscientes de que todos somos deudores del pecado <sup>18</sup>. 2. Pues si pedimos al Señor que nos perdone, también debemos nosotros perdonar <sup>19</sup>; porque estamos ante los ojos del Señor y Dios y todos tendremos que presentarnos al tribunal de Cristo y cada uno dará cuenta de sí mismo <sup>20</sup>. 3. Así pues, sirvámosle con temor y reverencia <sup>21</sup>, conforme nos mandó El y también los apóstoles

que nos evangelizaron y los profetas, quienes de antemano nos anunciaron la venida <sup>22</sup> de nuestro Señor. Seamos celosos del bien <sup>23</sup>, apartados de los escándalos y de los falsos hermanos que llevan hipócritamente el nombre del Señor <sup>24</sup> y extravían a los hombres fatuos.

VII.1. Porque el que no confiese que Jesucristo vino en carne es un anticristo <sup>25</sup>; y el que no confiese el testimonio de la cruz <sup>26</sup>, procede del diablo <sup>27</sup>; y el que tergiverse las palabras del Señor para sus propias concupiscencias y diga que no hay resurrección ni juicio, ese es primogénito de Satanás <sup>28</sup>. 2. Por lo cual, abandonando la vanidad del vulgo y sus falsas doctrinas, volvámonos a la palabra que desde el principio nos fue transmitida, vigilando sobriamente en las oraciones <sup>29</sup> y perseverando en los ayunos, pidiendo en nuestras súplicas al Dios que todo lo ve, que “no nos deje caer en la tentación” (Mt 6, 13; Lc 11, 4), como dijo el Señor: “El espíritu está pronto, pero la carne es flaca” (Mt 26, 41; Mc 14, 38).

VIII.1. Perseveremos, pues, continuamente adheridos a nuestra esperanza <sup>30</sup> y prenda de nuestra justicia, que es Jesucristo; el cual llevó nuestros pecados en su propio cuerpo sobre la cruz (1 Pe 2, 24; Is 53, 4.12); “quien no cometió pecado ni se halló engaño en su boca” (1 Pe 2, 22), sino que todo lo sufrió para que vivamos nosotros (1 Pe 2, 24) <sup>31</sup>. 2. Seamos, pues, imitadores de su paciencia <sup>32</sup>; y si padecemos por su nombre <sup>33</sup>, glorifiquémosle <sup>34</sup>, porque ese fue el modelo <sup>35</sup> que nos dejó en sí mismo, y esto es lo que hemos creído.

IX. Os exhorto, pues, a todos vosotros que obedezcáis la palabra de la justicia <sup>36</sup> y ejercitéis toda paciencia <sup>37</sup>; aquella que visteis con vuestros propios ojos <sup>38</sup>, no sólo en los bienaventurados Ignacio, Zósimo y Rufo, sino en otros de vosotros; y en el mismo Pablo y en los demás apóstoles <sup>39</sup>. 2. Teniendo por cierto que todos esos “no corrieron en vano” (Gal 2, 2; Filp 2, 16), sino en fe y justicia <sup>40</sup>, y que están ahora en el lugar que les es debido, junto al Señor <sup>41</sup>, con quien padecieron <sup>42</sup>. Porque no amaron el siglo presente <sup>43</sup>, sino al que por nosotros murió y por nosotros fue resucitado por Dios <sup>44</sup>.

X.1. Por tanto, permaneced firmes en esto y seguid el ejemplo <sup>45</sup> del Señor; firmes e inmutables en la fe, amantes de la fraternidad, dándoos unos a otros pruebas de amor; unidos en la verdad, practican-

do mutuamente la mansedumbre del Señor, no despreciando a nadie <sup>26</sup>.

2. Cuando podáis hacer el bien, no lo difiráis, porque “la limosna libra de la muerte” (Tob 12, 9; cfr Did 4, 6). Sed sumisos todos <sup>47</sup> los unos con los otros, observando una conducta irreprochable entre los gentiles, para que por vuestras buenas obras <sup>48</sup> recibáis alabanza y no se blasfeme el nombre del Señor por vuestra causa. 3. Mas ¡ay de aquel por quien el nombre del Señor sea blasfemado! <sup>49</sup>. Enseñad, por tanto, a todos la sobriedad, tal como vosotros la practicáis <sup>50</sup>.

XI.1. Mucho me entristecí por causa de Valente, que fue algún tiempo presbítero entre vosotros, que ignora el puesto que le fue confiado. Por ello, os amonesto que huyáis de la codicia <sup>51</sup> y seáis castos y veraces. Absteneos de todo mal <sup>52</sup>. 2. Quien en estas cosas no sabe gobernarse a sí mismo, ¿cómo podrá predicarlas a otros? <sup>53</sup> Si alguien no se abstuviere de la codicia, se manchará con la idolatría y será juzgado entre gentiles <sup>54</sup> que desconocen el juicio del Señor <sup>55</sup>. ¿Acaso ignoramos que los santos juzgarán al mundo <sup>56</sup>, como enseña Pablo? 3. Mas por lo que a mí respecta, nada semejante vi ni oí entre vosotros, entre quienes trabajó el bienaventurado Pablo y que figuráis al principio de su carta <sup>57</sup>. Porque de vosotros se gloria en todas las iglesias <sup>58</sup>, las únicas que entonces conocían a Dios, cuando nosotros aún no le conocíamos <sup>59</sup>. 4. Por ello, hermanos, grande es la pena que tengo por él y por su mujer, a los que el Señor dé verdadera penitencia <sup>60</sup>. Vosotros, por tanto, sed sobrios <sup>61</sup> aun en esto, y no los tengáis como enemigos <sup>62</sup>, sino como a miembros enfermos y extraviados <sup>63</sup>; llamadlos otra vez, para que salvéis el cuerpo <sup>64</sup> de todos vosotros. Haciendo esto, os estáis edificando a vosotros mismos <sup>65</sup>.

XII.1. Confío en que vosotros estáis bien versados <sup>66</sup> en las Sagradas Letras, y nada se os oculta; a mí, en cambio, no me ha sido concedido. Ahora bien, en estas Escrituras se dice: “Irritaos, pero no pequéis” y “no se ponga el sol sobre vuestra ira” (Sal 4, 5; Ef 4, 26). Bienaventurado quien lo recuerda, lo que creo haréis vosotros <sup>67</sup>. 2. Mas el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo y el mismo Pontífice sempiterno <sup>68</sup>, el Hijo de Dios, Jesucristo, os edifique en la fe y en la verdad y en toda mansedumbre y sin ira, y en paciencia y largueza de ánimo y tolerancia y castidad; y os dé herencia <sup>69</sup> y parte entre sus santos <sup>70</sup> y a nosotros con vosotros, y a todos los que han de creer en

nuestro Señor Jesucristo y en su Padre, que lo resucitó de los muertos. 3. Rogad por todos los santos <sup>71</sup>. Rogad también por los reyes y las autoridades y príncipes <sup>72</sup> y por los que os persiguen y aborrecen <sup>73</sup> y por los enemigos de la cruz <sup>74</sup>, a fin de que vuestro fruto sea patente a todos <sup>75</sup> y seáis en El perfectos <sup>76</sup>.

XIII.1. Me escribisteis vosotros <sup>77</sup> y también Ignacio para que, si alguien va a Siria, lleve cartas <sup>78</sup> de vuestra parte. Lo haré, si tengo ocasión propicia, ya por mí, ya si envío embajador en nombre vuestro. 2. Según me mandasteis, os enviamos más cartas de Ignacio, tanto las que nos escribió a nosotros, como las demás suyas que nosotros teníamos <sup>79</sup>. Las adjuntamos a la presente carta. De ellas podéis aprovecharos mucho, pues están llenas de fe, paciencia y toda edificación relativa a nuestro Señor. Y comunicadnos lo que sepáis de cierto sobre Ignacio y sus compañeros.

XIV. Esto os he escrito por medio de Crescente, a quien recientemente os recomendé y ahora recomiendo <sup>80</sup>, pues se ha portado entre nosotros de modo irreprochable <sup>81</sup>, y creo que hará lo mismo entre vosotros. Tened también por recomendada su hermana, cuando llegue a vosotros. Permaneced incólumes en el Señor Jesucristo, y su gracia sea con todos vosotros <sup>82</sup>.

## NOTAS

1. El término "paroikein" se halla en Gen 12, 10; 17, 10; Lc 24, 28; Ef 2, 19; Heb 11, 9s. 13-16; 13, 14; 1 Pe 2, 11. 1 Clem inscr; Dig 5 y 6.
2. cfr Filp 1, 5; 4, 15.
3. cfr Tit 3, 5; 1 Clem 32, 3.
4. cfr Filp 2, 10; 3, 13.
5. El texto de Pol dice "cartas". La epist paulina a los Filp (3, 1. 18) deja abierta la cuestión de varias "cartas".
6. cfr 2 Cor 6, 7; 1 Pe 4, 1; Rom 6, 13; Ign Pol 6, 2.
7. Párrafo inspirado en Ef 5, 21s; 6, 4; Col 3, 18s; et. Ign Pol 5, 1; 1 Clem 1, 3; 21, 6. 7. 8.
8. Las viudas ocupaban un puesto relevante en la iglesia primitiva; cfr 1 Tim 5, 3ss; Tit 2, 3s; Ign Esmir 13, 1; Pol 4, 1; Tertuliano, Ad ux I, 7.
9. cfr 1 Cor 14, 25.
10. cfr 1 Tim 3, 8-13; Ign Mag 6, 1; Trall 2, 3; Esmir 10, 1.
11. cfr Mc 10, 45; Mt 20, 28.
12. cfr Prov 30, 20.
13. cfr 1 Clem 1, 3; 57, 1; Ign Mag 2, ; 6, 1; 13, 2; Trall 3, 1; Pol 6, 1.
14. cfr Heb 5, 2.
15. cfr 1 Pe 2, 25; 1 Clem 59, 4; Ez 34, 4. 16
16. cfr Mt 8, 17; Is 53, 7; Mt 25, 36. 43; Eclo 7, 35; Ign Pol 1, 3.
17. 2 Cor 8, 21; Rom 12, 17; Prov 3, 4.
18. cfr Rom 15, 1. Todo el cap. de teología "pastoral" está inspirado en Pablo: 1 Tim 3, 2ss; Tit 1, 6ss; Ign Pol 4-5.
19. cfr Mt 6, 12. 14s; 18, 35.
20. cfr Rom 14, 10-12; 2 Cor 5, 10.
21. cfr Heb 12, 28; Ps 2, 11.
22. cfr Act 7, 52; 1 Clem 17, 1; Ign Fild 5, 1s.
23. cfr 1 Pe 3, 13; Tit 2, 14.
24. cfr 2 Cor 11, 26; Gal 2, 4; Ign Ef 7, 1.
25. 1 Jn 4, 2s; 1 Jn 2, 18. 22; 2 Jn 7.
26. cfr Ign Ef 9, 1; 18, 1; Trall 11, 2; Fild 8, 2; Esmir 1, 1s.
27. cfr 1 Jn 3, 8; Jn 8, 44.
28. Inspirado en 1 Jn e Ign Mag 11; Trall 9-11; Esmir 1-8.
29. 1 Pe 4, 7.
30. cfr Ign Ef 1, 2; 21, 2; Mag 11; Trall incr; 2, 1; Fild 11, 2; et. 1 Tim 1, 1; Col 1, 27.
31. cfr 1 Jn 4, 9; Ign Pol 3, 2; Bern 14, 4.
32. 1 Clem 17, 1; Ign Ef 10, 3; Rom 6, 3; Trall 1, 2; 1 Pe 2, 21.
33. cfr Act 5, 41; 2 Cor 12, 9s.
34. cfr Mt 5, 11s y parl. Lc 6, 22s; 1 Pe 4, 14. 16.
35. 1 Pe 2, 21; 1 Clem 5, 7; 16, 17; 33, 8.
36. cfr Heb 5, 13; Hermas, Mand VIII, 38, 9.
37. cfr 1 Clem 5, 5ss.
38. cfr 1 Clem 5, 3.

39. cfr 1 Clem 5, 1-7; 6, 1; et. Act 2, 37.
40. cfr 1 Clem 5, 7; 42, 5.
41. cfr 2 Cor 5, 8; Filp 1, 23.
42. cfr Rom 8, 17; Ign Esmirn 4, 2.
43. 1 Tim 6, 17; Tit 2, 12; 2 Tim 4, 10.
44. cfr 2 Cor 5, 15s; Ign Rom 6, 1.
45. cfr 1 Pe 2, 21.
46. Inspirado en varios pasajes del NT: Col 1, 23, 1 cor 15, 8; 1 Pe 2, 17; 3, 8; 5, 9; Jn 13, 34; Rom 13, 8.
47. cfr 1 Pe 5,5; Ef 5, 21; Ign Mag 13, 2.
48. cfr 1 Pe 2, 12.
49. Is 52, 5; Rom 2, 24; 1 Tim 6, 1; 1 Clem 47,7; Ign Trall 8,2.
50. 1 Tes 4, 1.
51. El pasaje alude a la codicia del mencionado presbítero. La codicia, como la idolatría que entraña (cfr Ef 5, 5; Col 3, 5), es una especie de impureza.
52. cfr. 1 Tes 5, 22; et. Job 1, 1-8; 2, 3.
53. cfr 1 Tim 3, 5.
54. cfr Mt 18, 17.
55. cfr Jer 5, 4.
56. 1 Cor 6, 2.
57. Filp 1, 1-11.
58. cfr 2 Tes 1, 4.
59. La primera mención de Esmirna en la literatura cristiana es Apoc 2, 8.
60. cfr 1 Tim 2, 25; 1 Clem 56, 1; 57, 1.
61. 1 Pe 5, 8; 2 Pe 3, 17.
62. cfr. 2 Tes 3, 15.
63. cfr 1 Pe 2, 25; 1 Clem 59, 4; Ez 34, 4; 1 Cor 12, 26.
64. cfr 1 Clem 37, 5; 38, 1; 1 Cor 12, 26s; Ign Esmirn 11, 2.
65. cfr 1 Cor 14, 4,26; 2 Cor 12, 19; 1 Tes 5, 11; Ef 4, 15; Col 2, 19.
66. cfr 1 Clem 40, 1; 45, 2; 53, 1; 62, 3; Ign Ef 14, 1; 15, 3.
67. cfr 2 Tim 1, 5; Ign Trall, 3, 2.
68. cfr Heb 5, 10; 6, 20; 7, 3; 1 Clem 36, 1; 61, 3; 64; 59, 2. 3; Ign Fil 9, 1.
69. cfr 1 Cor 6, 1; 2 Cor 1, 1; Ef 2, 19; Filp 4, 22.
70. cfr Ef 6, 18; 1 Tim 2, 1; 1 Clem 59, 4.
71. 1 Tim 2, 2; 1 Clem 61, 1s; Mart Pol 10, 2.
73. cfr Mt 5, 11. 44; Lc 6, 20 etc.
74. Filp 3, 18.
75. cfr Jn 15, 16; 1 Tim 4, 15; Tit 3, 14.
76. cfr Sant 1, 4; Col 2, 10.
77. El cap. XIII es considerado como el fr. que nos ha llegado de la Primera Epístola de Policarpo a los Filp. Texto gr. en Eusebio, Historia Ecclesiastica III, 36, 14-15.
78. Ign había rogado a Pol, (cfr Ign Pol 7, 2; 8, 1) y a la iglesia de Esmirna (Esmirn 11, 2) enviar un mensajero que transmitiera su saludo y palabras de ánimo (cfr Fild 10, 1).
79. Pol atestigua, por ello, que con su envío a Filipos hay ya un "corpus" de las epístolas de Ign.

80. cfr Rom 16, 1; 2 Cor 3, 1.

81. cfr 1 Clem 63, 3.

82. cfr Ign Pol 8, 3; Trall 13, 2; Fild 11, 2; Esmir 13, 2.

## MARTIRIO DE POLICARPO, OBISPO DE ESMIRNA

- Saludo a la iglesia de Filomelio.
- Un martirio "conforme al evangelio" (1, 1-2)
- "El Señor conversaba con sus mártires" (2, 1-4)
- Las maquinaciones del diablo (3, 1-2)
- No conviene declararse (4).
- La entereza y visión de Policarpo (5, 1-2)
- La "huida" evangélica de Policarpo (6, 1-2)
- "Hágase la voluntad de Dios" (7, 1-3)
- Camina animoso al estadio (8, 1-3)
- "Cómo puedo blasfemar a mi rey" (9, 1-3)
- "Soy cristiano". "Haz lo que quieras" (10, 1-11, 2)
- "Debía cumplirse la visión". (12, 1-3)
- La pira está preparada. (13, 1-3)
- La gran plegaria sacerdotal de Policarpo (14, 1-3)
- Ascende como sacrificio agradable (15, 1-2)
- Policarpo, maestro de fe (16, 1-2)
- Adoramos al Hijo de Dios; a los mártires los tenemos por imitadores (17, 1-3).
- Celebramos el día natalicio de su martirio (18, 1-3).
- Policarpo ha recibido la corona de la inmortalidad (19, 1-2).
- Remítid a otros este relato (20, 1-2).
- Fecha del martirio (21).
- Diversas transcripciones del relato (22).

## El Mart Pol:

Ireneo refiere que Pol “llegó a muy viejo y dio un testimonio glorioso y muy brillante” (AH III, 3, 4; Eusebio, HE IV, 14, 4). Eusebio, por su cuenta, nos dice que “cuando enormes persecuciones estaban perturbando Asia”, murió “mártir Policarpo” (HE IV, 15, 1), durante el mandato de Marco Aurelio y Lucio Vero, esto es, entre el 161 y el 169 (Cron ad annum 67). Pero el mismo relato, en el c. XXI, precisa la fecha de modo más exacto al señalar “el 23 de marzo”, “bajo el pontificado de Felipe de Tralles, bajo el proconsulado de Estacio Cuadrado”, del 155 ó 156.

El relato nos ha llegado redactado por testigos oculares del mismo, poco después del martirio, para celebrar el “primer aniversario” del “dies natalis” o muerte del bienaventurado Policarpo. Tiene forma de carta dirigida por la iglesia de Esmirna a la de Filomelio, ciudad de la Frigia, situada cerca de Licaonia y de Antioquía de Pisidia. El mismo Eusebio recoge en su Historia Ecclesiastica (IV, 15, 2-45) toda la carta-relato, atestiguando que “en ese mismo escrito” van “adjuntos otros martirios que tuvieron lugar en la misma Esmirna por el mismo tiempo que el martirio de Policarpo” (IV, 14, 46).

La persecución desencadenada por el diablo contra los cristianos de Esmirna llega a su culmen ante la resistencia del valeroso Germánico. La multitud busca al obispo de la ciudad, Policarpo, refugiado fuera de la ciudad donde, denunciado, es arrestado. En el estadio al que es conducido, confiesa la fe y su condición de cristiano. Los combates de las fieras se han acabado, y es entregado al fuego, para que se cumpliese la visión que había tenido (cfr 5, 2; 12, 3; 13, 1ss), asestándole una puñalada mortal. No se concede el cuerpo a los suyos; y es arrojado al fuego, preparado con toda suerte de detalles. Recogidas las cenizas y colocadas en un sitio digno, se disponen a celebrar “en regocijo y alegría” el día natal de su martirio “para memoria de los que acabaron su combate y para ejercicio y preparación de los que aún tienen que combatir” (19, 3).

La narración es sencilla, directa, calurosa, escrita con el recuerdo aún vivo de quienes le admiraron en vida y recuerdan su testimonio maravilloso. Carece de detalles fantásticos, que caracterizarán mucho más tarde las “passiones”, como género literario. Inspirada en la literatura martirial pre-cristiana (mártires macabeos) y relatos de la pasión de Esteban (cfr Act 6, y 8 ss), tiene como modelo las mismísimas

de los evangelios, ya que no disimula su intencionalidad teológica. No trata de exhortar a la paciencia sino de probar que el martirio de Pol es una imitación del verdadero "mártir", Jesucristo. El cristiano debe seguir a su maestro y ha de imitarlo hasta el final; y cómo lo hará mejor que sufriendo y muriendo por El, o mejor dicho, como El (cfr Ef 5, 1-2; 1 Pe 4, 1. 15s; Ign Rom 6, 3). Ya Lucas, en Act 8, 59s, presentaba la muerte de Esteban como una imitación de la de Jesús. Hegesipo, por su parte, advierte que la muerte de Simeón "alcanzó un final semejante a la pasión del Señor" (Eusebio, HE, III, 32, 2; cfr Ireneo, AH III, 18, 5). Para el cristianismo primitivo, el cristiano llega a ser auténtico discípulo de Cristo cuando consume su seguimiento con la muerte (cfr Ign Rom 4, 2; 5, 3; Mag 5, 2). Policarpo felicita a los filipenses de haber acogido a los mártires como "imágenes de la verdadera caridad" (1,1) y afirma que Jesús "ha soportado todo" para que "seamos imitadores de su paciencia y, si sufrimos por su Nombre, le damos gloria" (8, 1 s).

Nada extraño, pues, que los cristianos de Esmirna vean las semejanzas y similitud, hasta en los detalles, de la pasión del bienaventurado Policarpo con la del Señor. Quieren, en una palabra, dibujar un martirio "conforme al evangelio" (1, 1; 19, 1). Las coincidencias son numerosas: Como Jesús no se entrega, sino que es entregado-traicionado por los suyos (1, 2; 6, 1), fuera de la ciudad (5, 1; 6, 1s); el guardia se llama, casualmente, Judas (6, 2); todo sucede en viernes (7, 1), a la hora de comer. Lo persiguen hombres armados, como si fuera "un ladrón" (7, 1). Policarpo desea, ante todo, que "se haga la voluntad de Dios" (7, 1); orando largamente, antes de entregarse a los enemigos (7, 2; 12, 1); como Cristo, Policarpo hace una "buena confesión" (8, 2; 9, 1 ss; 10, 1 s); y a quien no estima digno, no le da una respuesta de su proceder (10, 2). La visión sobre su suerte y modo final está contemplada como expresión de la voluntad divina (12, 3; 5, 2); la oración es toda ella "una plegaria sacerdotal" que contempla su muerte como un verdadero "sacrificio" (14, 1).

La gran oración "eucarística" es toda una pieza maestra, similar a la oración de después de la comida pascual o "berekán"; la pronuncia en el día del "gran sábado" (8, 1), con cierto sentido antijudío y con clara alusión a la pascua cristiana. Quiere reproducir las "ipsissima verba" de Policarpo, sacerdote y víctima de "suave olor" (15, 2), redactada sobre la falsilla del ejemplo de Esteban (Act 7, 59s) y de Jesús (Lc 23, 34. 46; Mc 15, 34; 27, 46). Es a la vez un testimonio

ante paganos, judíos y cristianos, expresión o confesión de fe, una gracia de Dios, y una interpretación del martirio en contexto “eucarístico”, “doxológico”, “impetrativo”, todo simultáneamente.

Por todo ello, presentamos la versión castellana de modo que se señale bien el ritmo y las estrofas, a la vez que indicamos a pie de página las continuas referencias bíblicas que la inspiran. Es, sin duda, una buena muestra de la eucología de la iglesia de Esmirna, ya que el compositor de la misma está reproduciendo “volens-nolens” la praxis de su iglesia, que se dispone a celebrar el culto al mártir en contexto y ambiente eucarístico.

## MARTIRIO DE POLICARPO, OBISPO DE ESMIRNA

La iglesia de Dios, peregrina <sup>1</sup> en Esmirna.  
a la iglesia de Dios, peregrina en Filomelio  
y a todas las iglesias de la santa y católica <sup>2</sup> iglesia,  
peregrinas en todo lugar:  
que se multiplique la misericordia y la paz y el amor  
de Dios Padre y de nuestro Señor Jesucristo.

I.1. Os hemos escrito, hermanos, sobre los que fueron mártires y sobre el bienaventurado Policarpo, quien, como poniendo con su martirio el sello, hizo cesar la persecución, pues los sucesos anteriores tuvieron lugar para mostrarnos el Señor un martirio conforme al evangelio <sup>3</sup>. 2. Esperó, en efecto, a ser entregado, como lo hizo también el Señor <sup>4</sup>, para que también nosotros le imitemos, no mirando sólo nuestro provecho sino también el de nuestro prójimo <sup>5</sup>. Porque es propio de la verdadera y firme caridad no buscar <sup>6</sup> únicamente la salvación propia sino también la de todos los hermanos.

II.1. Ahora bien, bienaventurados y generosos son todos los martirios que han ocurrido conforme a la voluntad de Dios. Porque siendo bastante piadosos, hay que atribuir a Dios el poder sobre todas las cosas. 2. Pues, ¿quién no admirará su nobleza, paciencia y amor al Señor? Unos sufrieron lacerados por los azotes hasta llegar a distinguirse la disposición de las venas y las arterias en la carne, de modo que los espectadores sintieron compasión y lástima; otros llegaron a

tal extremo de nobleza que alguno de ellos no dio un grito ni exhaló un gemido, dándonos a entender a nosotros que, en el momento de ser atormentados, habían emigrado de sus cuerpos los mártires de Cristo; o más bien que, estando el Señor a su lado, conversaba con ellos <sup>7</sup>. 3. Y asidos a la gracia de Cristo, despreciaban los tormentos mundanos, comprándose por el sufrimiento de una hora la vida eterna. Y el fuego de los inhumanos atormentadores les resultaba refrigerante, porque tenían ante los ojos el huir del eterno fuego que jamás se apaga y con los ojos del corazón contemplaban los bienes reservados a los que sufren: bienes que ni oído oyó, ni ojo vio, ni corazón de hombre alcanzó <sup>8</sup>; mas a ellos se les mostraba el Señor, como quiera que no eran hombres sino ya ángeles. 4. Igualmente, también los condenados a las fieras sufrieron tormentos espantosos, ya que fueron tendidos sobre guijarros puntiagudos y probados con otras formas de distintos tormentos, para obligarlos a renegar, si fuera posible, por el suplicio prolongado.

III.1. Muchos fueron, en efecto, los artificios que el diablo maquinó contra ellos; mas, gracias a Dios, no prevaleció contra todos. Porque el nobilísimo Germánico confortó con su constancia la cobardía de los demás, combatiendo admirablemente contra las fieras. Pues, tratando el procónsul de persuadirle y diciéndole que tuviera lástima de su edad, él mismo azuzó a la fiera para que se arrojase sobre él, mostrando deseo de verse libre cuanto antes de la vida injusta e inicua de ellos. 2. Mas, en ese momento, maravillada toda la muchedumbre de la nobleza de la raza de los cristianos, que ama y honra a Dios, prorrumpió a gritar: ¡Mueran los ateos! <sup>9</sup>. ¡Que busquen a Policarpo!

IV. Mas uno de ellos, frigio, de nombre Quinto, llegado recientemente de Frigia, al verse ante las fieras, se acobardó. Este era el que se denunció a sí mismo e indujo a algunos a presentarse. A éste, después de muchos ruegos, logró el procónsul persuadirle a jurar y a sacrificar. Por lo cual, hermanos, no aprobamos a los que se presentan a sí mismos, puesto que eso no enseña el evangelio <sup>10</sup>.

V.1. Mas el muy admirable Policarpo, al oír que lo buscaban, no se turbó, sino que decidió permanecer en la ciudad; pero muchos le persuadían que saliera ocultamente; y salió a una finca, no muy distante de la ciudad, y allí pasaba el tiempo con unos pocos, sin tener

otra ocupación, día y noche, que orar por todos y, sobre todo, por las iglesias esparcidas por toda la tierra <sup>11</sup>, como era su costumbre. 2. Y orando, tres días antes de ser prendido, tuvo una visión, en la que se le representó su almohada abrasada por el fuego y, volviéndose a los que estaban con él, les dijo: Tengo que ser quemado vivo <sup>12</sup>.

VI.1. Como persistieran los que le buscaban, se trasladó a otra finca; e inmediatamente se presentaron los que le buscaban y, no hallándole, prendieron a dos esclavos; uno de los cuales, sometido a tormento, confesó. 2. Era ya imposible seguir oculto, una vez que los domésticos le traicionaron. Y el irenarca <sup>13</sup>, quien por cierto llevaba el mismo nombre de Herodes, se dio prisa para que lo condujeran al estadio, a fin de que alcanzara su suerte, haciéndose partícipe de Cristo y los que le habían entregado sufrieran el castigo del mismo Judas.

VII.1. Llevando consigo al esclavo, el viernes a la hora de comer <sup>14</sup>, salieron los perseguidores y jinetes, armados como acostumbraban, corriendo como "tras un ladrón" <sup>15</sup>. Y llegando por la tarde, le hallaron acostado en una sala muy reducida del piso superior; y aún le hubiera sido posible salir de allí y marchar a otro lugar, pero él no quiso, diciendo, "hágase la voluntad de Dios <sup>16</sup>". 2. Enterándose de que habían llegado, bajó y se puso a conversar con ellos, maravillándose los perseguidores al ver su avanzada edad y su serenidad, y no comprendían todo aquel afán por prender a un hombre tan anciano. Mas inmediatamente, él ordenó que en aquel mismo instante se les sirviera de comer y beber cuanto apetecieran, rogándoles que le concedieran una hora para orar tranquilamente. 3. Se lo permitieron; y, puesto en pie, se puso a orar, tan lleno de gracia de Dios que por espacio de dos horas no le fue posible callar; y estaban atónitos los que le oían. Muchos empezaron a arrepentirse de haber venido a prender a un anciano tan piadoso.

VIII.1. Cuando terminó la oración, después de haber hecho memoria de cuantos en alguna ocasión tuvieron trato con él, pequeños o grandes, nobles o plebeyos, y señaladamente de la iglesia católica esparcida por el mundo, llegado el momento de partir, montándole en un asno, lo condujeron a la ciudad, el día del gran sábado. 2. Y se toparon con él el irenarca Herodes y su padre Nicetas, los cuales le

hicieron subir a su carroza y, sentándole a su lado, trataban de persuadirle, diciendo: “¿Y qué hay de malo en decir “César es el Señor”? y sacrificar, y lo que sigue a ésto, y salvarse”<sup>17</sup>. Pero Policarpo, al principio, no les contestó; pero como insistieran, dijo: “No haré lo que me aconsejáis”. 3. Entonces ellos, desesperados de persuadirle, le colmaron de palabras injuriosas y le hicieron bajar precipitadamente de la carroza, de suerte que, según bajaba, se hirió en la espinilla. Y no haciendo caso, como si nada hubiera sucedido, caminaba animosamente, conducido al estadio, habiendo tal el tumulto en éste que no era posible oír a nadie.

IX.1. Cuando Policarpo entraba en el estadio, sobrevino una voz del cielo: “Ten ánimo, Policarpo, pórtate varonilmente!”<sup>18</sup>. Nadie vio al que esto dijo, mas la voz la oyeron los que de nosotros estaban presentes. Y al conducirlo al tribunal, se levantó un gran tumulto al correr la voz de que habían prendido a Policarpo. 2. Mas cuando se acercó, el procónsul pregunto si éste era Policarpo. Confesándolo, le persuadió a renegar, diciendo: “Ten consideración a tu edad”, y lo que se suele decir en estos casos. “Jura por el genio<sup>19</sup> del César; cambia de criterio y di: ¡Mueran los ateos!. Pero Policarpo, mirando con grave rostro a la muchedumbre de los paganos ímpíos que llenaban el estadio, tendiendo hacia ellos la mano, suspirando y mirando al cielo, dijo: ¡Mueran los ateos!”. 3. Pero insistiendo el procónsul, le decía: “Jura, y te pongo en libertad; maldice a Cristo!”. Policarpo respondió: “Ochenta y seis años le sirvo y nada malo me ha hecho, ¿cómo puedo blasfemar de mi rey, que me ha salvado?”

X.1. Mas insistiendo de nuevo y diciendo “jura por el genio del César!, (Policarpo) respondió: “Si te imaginas que he de jurar por el genio del César, como tú dices, y aparentas ignorar quién soy yo, con franqueza<sup>20</sup> escucha: “soy cristiano”<sup>21</sup>; mas si quieres aprender la doctrina del cristianismo, dame un día y escucha”. Dijo el procónsul: “Convence al pueblo”<sup>32</sup>. 2. Y Policarpo dijo: “A ti te juzgué digno de una explicación, pues a nosotros se nos enseña a tributar a los magistrados y autoridades constituidas por Dios el honor que se les debe<sup>23</sup>, mientras no vaya contra nuestra conciencia; pero aquellos no los considero dignos de escuchar mi defensa”.

XI.1. Mas el procónsul dijo: “Tengo fieras a las que te arrojaré, si

no cambias de criterio". Pero él dijo: "Traélas, porque un cambio de criterio de lo mejor a lo peor es para nosotros imposible. Lo razonable es pasar de lo malo a lo justo". 2. De nuevo le dijo: "Te haré consumir por el fuego, ya que desprecias a las fieras, si no mudas de criterio". Y Policarpo dijo: "Me amenazas con fuego que arde una hora y al cabo de poco rato se apaga, porque ignoras el fuego del juicio futuro y del eterno castigo, reservados a los impíos. Mas, ¿a qué tardas? Haz lo que quieras!."

XII.1. Diciendo estas y otras cosas, se llenó de fortaleza y alegría; y su rostro irradiaba tal gracia que no sólo no se abatía turbado por las amenazas que se le dirigían, sino que por el contrario era el procónsul quien estaba fuera de sí y envió a su propio heraldo que por tres veces proclamara en medio del estadio: "Policarpo ha confesado que es cristiano". 2. Apenas lo dijo el heraldo, toda la turba de gentiles y de judíos que vivían en Esmirna<sup>24</sup>, con rabia incontenible y a grandes gritos, empezó a vociferar: "Este es el maestro de Asia, el padre de los cristianos, el destructor de nuestros dioses, el que enseña a muchos a no sacrificar ni adorar". Diciendo esto, gritaban y pedían al asiarca<sup>25</sup> Felipe que echase un león a Policarpo. Pero éste respondió que no tenía facultad para ello, una vez que habían concluido los combates de las fieras. 3. Entonces todos gritaban unánimemente que Policarpo fuera quemado vivo. Era necesario, pues, que se cumpliera la visión que se le había manifestado sobre la almohada, cuando la vio, estando orando, abrasarse y había dicho proféticamente a los fieles que estaban con él: "Es necesario que yo sea quemado vivo".

XIII.1. Mas todo esto sucedió en menos tiempo que cuesta contar, pues inmediatamente las turbas reunieron madera y ramas secas traídas de talleres y baños, dándose, sobre todo, mano a la labor con singular fervor; según los judíos, tienen de costumbre. 2. Cuando estaba preparada la pira, quitándose todos los vestidos y desabrochándose el cinturón, trataba también de descalzarse; cosa que jamás hiciera por sí mismo, porque siempre se apresuraban a ellos los fieles, porfiando quién lograría antes tocar (su cuerpo), pues ya antes de su martirio, por su santa vida, era siempre respetado. 3. Mas inmediatamente, fueron puestos en derredor suyo todos los instrumentos preparados para la pira. Como iban a clavarle, dijo: "Dejadme así; porque el que me da fuerza para soportar el fuego, me la dará también sin la sujeción de vuestros clavos para permanecer inmóvil en la hoguera".

XIV.1. No le clavaron, sino que lo ataron. Y él, poniendo las manos atrás y estando atado, como carnero <sup>26</sup> egregio de un gran rebaño para el sacrificio, dispuesto como holocausto agradable a Dios, levantando la mirada al cielo, dijo:

“Señor, Dios omnipotente <sup>27</sup>,  
Padre de tu amado y bendito <sup>28</sup> siervo <sup>29</sup> Jesucristo  
por quien te hemos conocido <sup>30</sup>,  
Dios de los ángeles y de las potestades  
y de toda la creación de la raza entera de los justos  
que viven en tu presencia <sup>31</sup>.

2. Yo te bendigo,  
porque me has hecho digno de este día y hora  
de tener parte en el número de los mártires,  
en el cáliz <sup>32</sup> de tu Cristo,  
para resurrección de la vida eterna del alma y del cuerpo,  
en la incorrupción del Espíritu Santo <sup>33</sup>.

Sea yo recibido con ellos en este día ante Ti,  
en sacrificio pingüe y aceptable,  
conforme de antemano me preparaste y me revelaste y has  
cumplido,  
Dios sin mentira <sup>34</sup> y verdadero.

3. Por esto y todas las cosas te alabo, te bendigo, te glorifico <sup>35</sup>,  
por medio del eterno y celeste sumo sacerdote <sup>36</sup>,  
Jesucristo, tu siervo amado:  
por quien a Ti y a El y al Espíritu Santo  
gloria ahora y por los siglos futuros.  
Amén”.

XV.1. Apenas hubo elevado el amén y concluida la oración, los hombres de la pira prendieron fuego. Y levantóse una gran llamarada, vimos un prodigio quienes se nos concedió verlo y guardamos lo sucedido para anunciarlo a los demás. 2. Y el fuego, formando una especie de bóveda como la vela de un navío, henchida por el viento, rodeó como una muralla el cuerpo del mártir; y estaba en medio no como carne que se asa, sino como pan que se cuece, o como oro o

plata acendrada al horno, y percibimos un buen olor<sup>37</sup>, tan grande como de nubes, de incienso o de otro de los aromas más preciados.

XVI.1. Finalmente, viendo los impíos que su cuerpo no podía ser consumido por el fuego, llamaron venir al “confeccionador” para que le asestara una puñalada. Hecho lo cual, brotó tal cantidad de sangre que apagó el fuego, y toda la turba quedó pasmada por la gran diferencia que hay entre la muerte de los infieles y de los escogidos. 2. Siendo uno de éstos el admirable Policarpo, maestro que fue, en nuestros tiempos, apostólico y profético, obispo de la iglesia católica de Esmirna, pues toda palabra que salió de su boca se ha cumplido y se cumplirá.

XVII.1. Mas el adversario, envidioso y malvado, contrario a la raza de los justos, viendo no sólo la grandeza de su martirio, sino también su irreprochable vida desde el principio, coronado con la corona de la inmortalidad y con el premio indiscutible de la victoria, dispuso que no tomáramos su cuerpo, a pesar de ser muchos los que deseábamos hacerlo y tener alguna parte de sus santos restos<sup>139</sup>. 2. Sugirió a Nicetas, padre de Herodes y hermano de una tal Alce, que suplicaran al gobernador que no nos entregara su cuerpo “no sea que —decía— abandonen al Crucificado y empiecen a dar culto a éste”. Esto lo sugirieron y reforzaron los judíos, que habían estado al acecho cuando íbamos a recoger el cuerpo del fuego, por ignorar que nosotros ni podríamos jamás abandonar a Cristo, el inocente que murió por los pecadores, para la salvación de todo el mundo de los que se salvan, ni dar culto a otro. 3. Porque a El adoramos como a Hijo de Dios<sup>40</sup>, que es; mas a los mártires amamos como a discípulos e imitadores<sup>31</sup> del Señor, justamente por la devoción insuperable a su propio rey y maestro<sup>42</sup>. ¡Ojalá también nosotros lleguemos a ser copartícipes y condiscípulos suyos!

XVIII.1. Viendo el centurión la porfía suscitada por los judíos, poniendo el cuerpo en medio, según su costumbre, lo hizo quemar. 2. Así nosotros, más tarde, recogiendo sus huesos, más preciosos que piedras de valor y más estimables que oro, los depositamos en lugar conveniente. 3. Allí, según nos sea posible, nos concederá el Señor, reunidos en regocijo y alegría, celebrar el día natal de su martirio<sup>43</sup>, para memoria de los que acabaron su combate y para ejercicio y preparación de los que aún tienen que combatir.

XIX.1. Todo esto referente al bienaventurado Policarpo, que, habiendo sufrido en Esmirna con doce fieles más de Filadelfia, él sólo es recordado señaladamente por todos hasta el punto que los paganos hablan de él en todas partes. No sólo llegó a ser maestro ilustre, sino también mártir eminente, cuyo martirio todos desean imitar por ser conforme al evangelio de Cristo. 2. Después de haber derrotado con su paciencia al príncipe injusto y recibido así la corona de la inmortalidad, glorifica con alegría, en compañía de los apóstoles y de todos los justos, a Dios Padre omnipotente y bendice a nuestro Señor Jesucristo, el salvador de nuestras almas y piloto de nuestros cuerpos y pastor de la iglesia católica esparcida por el mundo.

XX.1. Nos habéis rogado que os relatáramos ampliamente lo sucedido y, por ahora, os hemos dado un resumen por medio de nuestro hermano Marción. Una vez que os hayáis enterado, remitid la carta a los hermanos del contorno, para que también ellos glorifiquen al Señor, que es el que hace la elección de sus propios siervos.

2. Al que puede introducirnos a todos nosotros con su gracia y dones en su reino eterno, por medio de su Hijo unigénito, Jesucristo, gloria, honor, poder, magnificencia por los siglos <sup>44</sup>.

Saludad a todos los santos <sup>45</sup>

Os saludan todos los que están con nosotros, y Evaristo, el amanuense, con toda su familia.

XXI. El bienaventurado Policarpo sufrió el martirio, el segundo día del mes Jántico, siete días antes de las Kal. de marzo, día del gran sábado, a la hora octava. Fue prendido por Herodes, bajo el pontificado de Felipe de Tralles, bajo el proconsulado de Estacio Cuadrado, pero reinando por los siglos nuestro Señor Jesucristo: A El gloria, honor, magnificencia, trono eterno de generación en generación <sup>45 bis</sup>. Amén.

## APENDICE

XXII. Os rogamos, hermanos, tengáis buen ánimo, caminando conforme al evangelio en la palabra de Jesucristo: Con El gloria a Dios y Padre y al Espíritu Santo por la salvación de los santos elegidos, como lo atestiguó el bienaventurado Policarpo, tras cuyas huellas sigamos para encontrarnos con él en el reino de Jesucristo <sup>46</sup>.

Gayo que convivió con Ireneo, transcribió esto de las obras de Ireneo. Y yo Sócrates lo copié, en Corinto, de los manuscritos de Gayo. La gracia sea con todos.

Y yo Pionio, a mi vez, lo copié de lo anteriormente escrito, después de haberlo buscado, según la revelación que me hizo Policarpo, como pondré de manifiesto en lo que sigue. Lo reuní todo cuando estaba ya casi consumido por el tiempo, a fin de que también a mí me reúna el Señor Jesucristo con sus elegidos en su reino celestial: A El la gloria con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

### Apéndice del Cod. de Moscú:

1. Lo que antecede lo trasladó Gayo, que había convivido con Ireneo, de los escritos de éste, que fue discípulo de San Policarpo. 2. Este Ireneo, que estaba en Roma en el tiempo del martirio del obispo Policarpo, instruyó a muchos. De él corren muchos bellos y ortodoxos escritos, en los que recuerda a Policarpo, porque aprendió de él. Refutó vigorosamente toda herejía y transmitió la regla eclesiástica y católica como la recibió del santo. 3. Y dice también esto: Encontrándose una vez Marción, del que vienen los llamados marcionitas, con San Policarpo, dijo: ¿Nos reconoces, Policarpo? Pero éste dijo a Marción: Reconozco, reconozco al primogénito de Satanás. 4. Y también se refiere esto en los escritos de Ireneo: El día y la hora que sufrió el martirio Policarpo, en Esmirna, estando Ireneo en la ciudad de Roma, oyó una voz como de trompeta que decía: Policarpo ha sufrido el martirio.

5. Como queda dicho, de los escritos de Ireneo Gayo hizo la transcripción y de los de Gayo un tal Sócrates, en Corinto. Y yo, a mi vez,

Pionio, de los de Isócrates, buscándolos por revelación de San Policarpo, juntándolo todo cuando ya estaba consumido por el tiempo, para que también a mí me reúna el Señor Jesucristo con sus elegidos en su reino celestial: A El la gloria con el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

## NOTAS

1. Tres veces emplea el part. de "paroikein". cfr Gen 12, 10; 17, 10 LXX; Ef 2, 19; Heb 11, 9s. 13-16; 13, 14; 1 Pe 2, 11; 1 Clem inscr; Pol Filp insc.; Diog 6.
2. cfr Mart Pol 16, 2; 19, 2; Ign Esmir 8, 2.
3. Mart Pol 19, 1: "un martirio conforme al evangelio" es el hilo conductor de todo el relato; de ahí las múltiples coincidencias, nada casuales, entre la narración y los relatos evangélicos de la pasión.
4. cfr Mc 8, 31s; 9, 31s; 10, 32s y parl.: anuncios de la pasión.
5. cfr Filp 2, 4.
6. cfr 1 Cor 13, 4ss.
7. La presencia del Señor resucitado en sus mártires es tema clásico de las "passiones". cfr Eusebio, He 5, 1, 51. 56.
8. cfr 1 Cor 2, 9; Is 64, 3.
9. La acusación de "ateísmo" dirigida a los cristianos, que rechazan el culto a los dioses paganos, es frecuente en el s. II: cfr Justino, 1 apol 6; Dial 108; Atenágoras, Supl 3, 4; Diog 1. 2; Mart Pol 9, 2; 12, 2 etc.
10. cfr Mt 10, 23 y parl.
11. El texto dice: "ton katá tén oikouménēn ekklesion". cfr 1 Clem 60, 1.
12. El redactor usa "dej", tan frecuente en los vaticinios evangélicos de la pasión: el martirio-sacrificio de Policarpo entra en los planes "divinos".
13. Jefe de la policía, encargado de arrestar, interrogar a los presuntos criminales y remitirlos a las autoridades.
14. El relato, sin cesar, desgrana detalles coincidentes con la pasión de Cristo, de modo que sea "conforme al evangelio".
15. cfr Mt 26, 55.
16. Act 21, 24.
17. Para un cristiano hoy hay más que un sólo Dios, el Padre, y un sólo Señor, Jesucristo (1 Cor 8, 5a; 12, 3; Filp 2, 11). Este artículo central es punto de discusión con el paganismo. Apologética y catequesis primitivas así lo expresarán.
18. cfr Jn 12, 28; et. Jos 1, 6. 7. 9; Deut 31, 6. 7. 23.
19. La "Tyché" o Fortuan era la diosa protectora del emperador, que se identificaba con el "genius" del mismo. Jurar equivalía a reconocer la divinidad del emperador; cfr Passio de los mártires de Scilli 5; Tertuliano, Apol 32, 2; Orígenes, De mart 7; C. Celso 8, 65.
20. "Parresía": audacia, libertad, con que actúa quien se siente impulsado por el espíritu de Cristo.
21. Así responden los mártires de Lyon, cfr. Eusebio, HE 5, 1, 10. 190. 20; los de Scilli, Passio 9, 10, 13; Perpetua, Passio 6, 3.
22. Como Pilato a Jesús, le procónsul intenta "salvar" a Policarpo.
23. cfr Rom 13, 1ss; 1 Pe 2, 13 s; 1 Clem 61, 1; Passio Mart de Scilli 9; Tertuliano, Apol 30, 4.
24. cfr Marl Pol 13, 1; 17, 2; et. Apoc 2, 9; Justino, 1 Apol 31, 5s; 36, 3; Dial 16, 4; 131, 2; 133, 6; Tertuliano, Scorp 10.
25. Autoridad suprema en Asia: cfr Act 19, 31; Mart Pol 21, 1.

26. cfr Gen 22, 13: el carnero sustitutivo de Isaac está presente en el relato. La tradición judía llama al “sacrificio de Isaac” *Aqeda: la atadura*.
27. “Theos pantokrator” es fórmula corriente en el judaísmo, los LXX y Filón: cfr Apoc 1, 8; 4, 8; 11, 17; 15, 3; 16, 7; 21, 22; 1 Clem 59, 2; et. 60, 4; 62, 2. Para “Padre”, cfr Rom 15, 6; 2 Cor 1, 3; 11, 31; Ef 1, 3; Col 1, 3; 1 Pe 1, 3.
28. “Agapetós kaf eulogetós”. Para “amado”: Mt 3, 17; 12, 18; 17, 5; Mc 1, 1, 11; 9, 7; 12, 6; Lc 3, 22; 9, 35; 20, 13; 2 Pe 1, 17; Hermas, Sim V, 2. Para “bendito”: Mc 14, 61; cfr Bern 6, 10; Ign Ef 1, 3. Cfr SCh 10, p. 205, notas 1-3.
29. El Mart emplea dos veces “pais”, mientras que Pol Ef 12, 2 emplea “hyos”. El título “pais” aplicado a Cristo es frecuente: Mt 12, 18; Is 52, 1. Act 3, 13. 26; 4, 25. 27. 30; Did 9, 2. 3; 10, 2. 3; Bern 6, 1; 1 Clem 59, 2. 3. 4.
30. cfr Mt 11, 25ss; Did 9-10; Bern 5, 3. 9; 1 Clem 59, 2s.
31. La oración litúrgica tiene cuatro partes: eucología, acción de gracias, petición, doxología; similar a la oración de después de la comida pascual o “berakan”.
32. cfr Mc 10, 38s; Mt 20, 22s.
33. La referencia al Espíritu Santo (bis) (cfr Pol Ef 5, 3: combinación de 1 Pe 2, 1 y Gal 5, 13) denota que toda la plegaria está estructurada en clave litúrgica.
34. cfr Tit 1, 2: Dios Padre. Ign Rom 8, 2: Cristo. “Verdadero”: Ex 34, 6; Jn 17, 3; 1 Tes 1, 9; 1 Jn 5, 20; Apoc 3, 14; 6, 10; 19, 11.
35. Ya hemos señalado que la “oratio” tiene forma de anáfora. Cfr Jn 17; Act 3, 13; 1 Clem 59ss; Did 9, 10.
36. Heb passim; 1 Clem 61, 3; 64, 1.
37. cfr 2 Cor 2, 15; Ef 5, 2; Filp 4, 18.
38. Traslación al griego del latino “confeccionador”: encargado de rematar a los heridos que sobrevivían al combate.
39. Testimonio explícito del culto a los mártires; cfr infra 18, 2s. Eusebio, HE 5, 1, 61.
40. Clara confesión de la divinidad de Cristo; bien distinguida de la veneración al mártir.
41. cfr Ign Ef 1, 1; 10, 3; Trall 1, 2; Rom 6, 3; Fild 7, 2; Pol Filp 8, 2. El verdadero mártir y maestro de Cristo.
42. El Mart Pol –como se ve– baraja varios títulos cristológicos.
43. Ign Rom 6, 1 concibe el martirio como un alumbramiento. cfr SCh 10, p. 114s, nota 1.
44. cfr 1 Tim 6, 16; 1 Pe 4, 11; Jud 25; Apoc 1, 16; 5, 13.
45. cfr Rom 16, 15; Heb 13, 24, etc.
- 45 bis. cfr 1 Clem 65, 2.
46. cfr Ign Ef 12, 2; 1 Pe 2, 21.

## Epístola a Diogneto

Hacia mitad del s. XV, se descubrió un ms. en Constantinopla, que contenía diversos escritos de índole apologética y atribuidos cinco de ellos a Justino; entre estos, la hoy conocida como Epístola a Diogneto, como la calificó Estienne en su "editio princeps", en 1.592. Pero un siglo más tarde, Tillemont contestó la paternidad de Justino, afirmando que el estilo elegante de la carta contrastaba con el del filósofo y mártir, además del modo de criticar las divinidades y culto pagano y de exponer la "nova religio".

Algún tiempo se creyó que era de la primera generación cristiana (cfr Gallandi, PG 2, 1165), atribuible a Apolo, discípulo de Pablo. En el extremo opuesto, algunos llegaron a afirmar que era del s. XVI (cfr SCh 33 bis, 242s). El mencionado Tilemont la atribuyó a "un discípulo de los apóstoles" y, por ello, la fechaba hacia el 70 d. de Cr., estimando que únicamente así tendría sentido el c. III, donde se critica el culto, sacrificios y templo judíos. La apología es, sin duda, posterior al Kerygma Petrou, de inicios del s. II. La pretensión de hacerla contemporánea de Clemente Alejandrino, por determinado parentesco (cfr Diog 9, 2 cum Protr IX, 82, 2), no es en modo alguno conclusiva.

La exposición ordenada, bien perfilada desde el punto de vista estructural, literario y teológico, inducen más bien a la conclusión de que un escrito como éste, denota madurez expositiva, intelectual y teológica que no se halla en las clásicas apologías del s. II. El tratado —como debería ser denominado— es elegante, redactado en griego sencillo, pero brillante, y constituye la perla de la apologética, que llega al público moderno (cfr. H. B. Swete, Diognetus. Epistle to. Encyclopaedia Britannica, t. VII, 295).

El saludo inicial (“excelentísimo Diogneto”) tiene valor de dedicatoria, como sucede ya en Lc 1, 1 y Act 1, 1; era frecuente en la antigüedad, para asegurarse un patrocinio y difusión; y, en modo alguno, indica el género epistolar. Era corriente en la antigüedad y campo cristiano presentar “respuestas ficticias” como forma de exponer el propio pensamiento. Así fueron concebidas muchas de ellas, como el Anticristo de Hipólito; el tratado Ad Demetrianum, de Cipriano; la carta Ad Scapulam, de Tertuliano. Podemos, por tanto, decir que se trata de un “lógos”, tratado de índole protréptica o exhortativa, género bien conocido en la época.

**Contenido:** Dign I recoge las cuestiones, reales o ficticias, que le ha planteado su interlocutor, a las que responderá sin demasiado orden. El c. II cuestiona la idolatría pagana; el III la religiosidad judía, siguiendo los moldes que barajan otros apologistas. Menciona en el c. IV, las instituciones sobre los alimentos, ayunos, circuncisión. El detallado y prolijo c.V responde a la objeción de si el cristianismo es un grupo aparte, un “tertium genus”, expresando la condición paradójica de su existencia; inspirado en Pablo. El c. VI describe el “papel” de los cristianos en el mundo, sirviéndose de las imágenes del “alma en el cuerpo”, la de la ciudadanía y la de la sal. El origen de esta “nova religio” no es invención humana, sino un misterio desvelado en el tiempo, aunque concebido desde siempre (c. VII). En Dios no ha habido mutación, sino revelación de su filantropía y benignidad (c. VIII). Se manifestó personalmente “tan tarde” para hacernos ver nuestra incapacidad de autosalvarnos (c. IX). La fe es una “gnosis” superior, que permite conocer a Dios creador y revelador: en eso consiste la felicidad (c. X). El Verbo es el maestro de las naciones (c. XI). Dios se preocupa de los que le aman, y nos introduce en la verdadera vida (c. XII).

## Teología

Dios para Dig es Padre (10, 1; cfr 9, 6), invisible (7, 2), eterno e inmutable (8, 8). De su esencia nada se nos ha enseñado, aunque en 3, 4 y 8, 2ss se insinúa que es puro. En relación con el mundo es “maestro” (pantokrator) y creador de todo (pantoktíses) (7, 2; cfr 3, 4; 10, 2), demiurgo (8, 7). Lc afirma con tal insistencia que debe tener

cierta intención polémica: antignóstica o antimarcionita. Respecto de los hombres, Dios es paciente (8, 7), bueno, dulce, verdadero (9, 8); actúa sin tiranía ni violencia (7, 3s; 9, 6; 10, 2).

Como los apologistas, a excepción de Justino, no pronuncia el nombre de Jesús ni el de Cristo. La segunda "persona" es designada como la Verdad y el Verbo (7, 2) o el Hijo (hyos: 9, 2; Hijo de Dios: 10, 2; Hijo unigénito: 7, 4) o "pais" (8, 9; 8, 11: Hijo bien amado). Ambos términos, Hijo y "Pais" tienen en el escrito el mismo valor teológico, aunque el empleo del arcaico y bíblico "pais" denota una concepción bien enraizada en la tradición judeo-cristiana. El Hijo es santo (7, 2; 9, 2, cfr Apoc 3, 7) incomprendible (7, 2. cfr Filón, De mut nom 3, 15), inocente, justo, incorruptible, inmortal (9, 2). Todos estos títulos sugieren que el Hijo comparte con el Padre la esencia o condición divina.

El tratado descarta toda inferioridad del Hijo respecto del Padre (7, 2). El pensamiento global postula la igualdad e incluso la identidad de sustancia, si queremos usar el vocabulario niceno. Diog 8, 1. 5 contiene frases audaces y cabe preguntarse si el autor tiene conciencia de lo que modernamente llamamos personalidad divina. Incluso, a primera vista, parece que está tocado de "patripasianismo" (cfr 7, 2 y 9, 2), aunque tal sospecha parece despejada en el comentario posterior (9, 3-4).

Atributos similares a los del Padre, caracterizan al Hijo (8, 9; 7, 2). Si Dios es presentado como creador y "hacedor" (7, 2; 8, 7), el Hijo es artesano (tejnítes) y demiurgo (7, 2). Si Dios es maestro y ordenador del mundo (8, 2), el Hijo es el legislador y conductor (7, 2). Uno y otro son rey y Dios (7, 4). Sin embargo, algunas proposiciones podrían insinuar una desigualdad o inferioridad funcional del Hijo en relación con el Padre, en 7, 2. 4. 5; 8, 1; pero la contrapartida la ofrece 9, 1. No hay, por tanto, que ver en el dativo instrumental una prueba de subordinacionismo, ya que la construcción es frecuente en Pablo: 1 Cor 8, 6; Col 1, 16; Heb 1, 2. Estamos a mitad de camino entre las expresiones bíblicas y la exposición de las mismas con lenguaje filosófico, que se hará necesario en la elaboración dogmática.

Diog 7, 2 quiere ser, en cierta medida, técnico: Dios no envía un hombre, un subordinado, un ángel o un "arjonte", o uno de los seres intermedios a quienes ha confiado la administración de los asuntos terrestres. En todo ello, hay una intencionalidad polémica contra especulaciones de índole gnóstica. El Salvador no es, por ello, ninguno de

esos seres, sobrenaturales y sobrehumanos, pero inferior a Dios. No llama al Verbo “ángel”, siguiendo la terminología profética aplicada al “mesías” (cfr Is 9, 5; Mal 3, 1), que los apologistas barajarán para dar una explicación congruente a las teofanías del AT. Además, dichas explicaciones de algunos apologistas, sobre todo Justino, como bien distingue Tertuliano, no intengan definir la esencia del Verbo sino una función: “Oficci, non naturae, vocabulo” (De carne Christi 14).

Igualmente, de la no mención expresa del Espíritu Santo no puede deducirse la neta y simple negación del mismo, como si el autor cayera en un grueso binitarismo. Diog pretende hacer un bosquejo rápido y sumario de la riqueza de la fe cristiana, respondiendo a las cuestiones reales o ficticias que su interlocutor le ha planteado o que estaban en el ambiente. En todo caso no ha sido pretensión suya elaborar un manual teológico de teología trinitaria. La historia del dogma nos dirá que sólo a finales del s. IV se abordará el dogma trinitario de modo expreso y profundo.

## Oikonomía

La “oikonomía” o plan de Dios ha sido concebida en los más profundos secretos divinos (8, 9s), y es fruto del amor y de la infinita misericordia divina (7, 3-5). Con gran lirismo exalta la “filantropía” divina (9, 2) y sus grandes beneficios inesperados (9, 5): Dios ha creado al hombre a su imagen, le ha dotado de inteligencia y de razón (noûs y lógos) y ha puesto al mundo a su servicio (9, 2). Los hombres se han hecho pecadores, corrompidos e impíos (10, 7s; cfr 8, 2). Sólo Dios, porque es justo, podría salvarlos (9, 3); e interviene, en el momento preciso —ya veremos cuál es éste—, mediante el envío de su Hijo (9, 4), que es el salvador (9, 9). El autor se queda aún en el plano teológico sin descender a precisiones históricas. Habla de “misión” del Hijo, “enviado a los hombres” (7, 2), como convenía a los hombres para salvarlos (7, 4).

Todo el denso c. IX, repleto de referencias neotestamentarias, se sintetiza en el término “antallagé”, “cambio”, permutatio”, (cfr Mc 8, 37; Mt 16, 26). Este misterioso “cambio” entre la justicia del Hijo y los pecados de los hombres expresa la transformación objetiva de la situación del hombre en relación con Dios, llevada a cabo con el

envío o venida o misión del Hijo. Para el autor de Diog el Hijo no es sólo salvador (9, 6), sino Verbo y Verdad (7, 2): su venida o envío ha tenido como finalidad revelar el conocimiento de Dios (8, 1. 5). También el NT había asociado ambos aspectos de la misión del Hijo: revelación y salvación (cfr Mt 11, 27; Jn 1, 18; 3, 11-13; 6, 46; 8, 19; et. Ign Mag 8, 2; Mart Pol 14, 1).

Con la venida del Hijo se inaugura una nueva era en la historia de la humanidad: los cristianos viven en el reino de la justicia, que es la incoación del reino de Dios (cfr 9, 11; 6, 8). Mediante la fe llegan al conocimiento pleno y eficaz de Dios (cfr 8, 6; 9, 6; 10, 1); por ella Dios viene a habitar en los creyentes (7, 2).

Con el concepto rico y polivalente de "oikonomía", nuestro escrito intenta dar respuesta cumplida a uno de los interrogantes formulados por su hipotético o real interlocutor: "cur tan sero Deus?" El paganismo calificaba al cristianismo, tan reciente en el tiempo, de "nuevo"; y dicho ataque tenía dos aspectos bien diferenciados: reprochaban a los cristianos de innovar en materia religiosa y por qué este tan buen Dios suyo había dejado durante tanto tiempo al género humano en el camino del pecado.

En efecto, una civilización tan conservadora en terreno religioso veía en la antigüedad un criterio de verdad. La "novedad" del cristianismo era una grave dificultad para la apologética cristiana primitiva. De hecho, los apologistas se preocupaban de probar la antigüedad del cristianismo haciéndolo heredero legítimo de la religión de Israel y sosteniendo, al mismo tiempo, que la religión pagana era más reciente (cfr Justino, 1 Apol 44, 8s; Taciano, Ad Graecos 31; Teófilo, Ad Autolicum, I, 14; II, 27s; III, 16s). Si la aparición histórica del cristianismo hay que cifrarla en unos ciento cincuenta años, hunde sus raíces más profundas en la antigüedad más remota, precediendo a filosofías y religiones paganas consideradas como auténticas y verdaderas, esto es antiguas.

El otro interrogante formulado es de mayor entidad teológica: por qué Dios ha tardado tanto en socorrer a la humanidad. Pero a ésta cuestión se añade otra, de no menor dificultad filosófica, que era necesario resolver como paso previo a la precedente: cómo explicar que un Dios eterno haya tardado tanto en revelarse y salvar a los hombres. Ahora bien, la noción de "oikonomía", esto es, de una intervención del Eterno en la historia de la humanidad, la concepción de una teología del tiempo y de la historia, tan esencial al cristianismo, no era

fácilmente comprensible para una mentalidad ahistórica como la del mundo antiguo. De ahí que la respuesta al pagano Diog se desarrolle en fases.

Si la "oikonomía" de la salvación se manifiesta en el tiempo no es más que la realización de un proyecto concebido desde toda la eternidad y mantenido en secreto en la intimidad de Dios (8, 9). De esa forma, se salvaguarda la inmutabilidad divina, que el pensamiento antiguo consideraba nota esencial del Absoluto. Resuelta esta cuestión previa, había que ofrecer salida a la otra: por qué la revelación—encarnación—redención en tiempo de Tiberio. Algunos apologistas, a los que seguirán Orígenes y Agustín, insisten en la eternidad de la Iglesia, manifestándola coexistente a la misma historia: existiendo desde Abel y los patriarcas, la revelación neotestamentaria no es una "novedad", porque la verdad fue revelada a los hombres por el AT y la salvación era ya posible por la pertenencia al pueblo elegido (cfr Orígenes, C. Celso IV, 17; Agustín, Ep 102, 2). Pero tal visión minimiza la aportación específica de la encarnación del Verbo.

Ireneo y otros (cfr Eusebio, HE I, 2, 17. 21s) ofrece una visión optimista, desarrollando la tesis de la pedagogía divina: Dios ha aguardado para comunicar a los hombres la plenitud de su mensaje hasta que éstos fueran capaces de comprenderlo y soportar las consecuencias de su revelación. La lectura del AT nos muestra la revelación que se realiza por etapas, cada vez más claras, haciéndonos pasar paulatinamente hasta la plenitud de la predicación evangélica. Los pasajes de Ireneo son numerosos tanto en Adv Haer como en la Epid.

Frente a esa concepción que podríamos denominar optimista, Diog es exponente de otra, de corte pesimista. Inspirada en Gal y Rom, esta larga espera, que a primera vista puede parecer un abandono del plan o proyecto divino inicial, nuestro autor concibe esta prolongada etapa como de amor, de "paciencia y longanimidad" (8, 7; 9, 2), que tiene su fuente en Rom 2, 24 y que el autor de Diog expresa con el término "makrothymía" (8, 7; 9, 2). En los siglos anteriores a la venida o envío del Hijo, la humanidad ha estado sumergida en el abismo del pecado, agotando todas sus posibilidades, que han resultado inútiles e ineficaces en lo que a la salvación respecta. Lo cual no quiere decir que Dios sea la causa del mal tolerado (9, 1), sino más bien en demostrar la imposibilidad radical en que se encontraba el hombre para alcanzar la justificación. Al mismo tiempo, se ponía de manifiesto la necesidad imperiosa de la misericordia divina en orden a la salvación humana (9, 1s).

Diog 9, 6 subraya que esta concepción suya de "oikonomía", que acaba de exponer, deja bien a las claras que "nuestra naturaleza no tiene capacidad para conseguir la vida", mientras que el "Salvador puede salvar lo que parecía insalvable". Esta doble razón invita a depositar en El —el Salvador venido, manifestado— la fe en su bondad, y considerarlo como lo que es. Todos los títulos que se le asignan evocan otros tantos pasajes o textos bíblicos, y vienen a ser una especie de doxología.

## EPISTOLA A DIOGNETO

I.1 Veo realmente, excelentísimo <sup>1</sup> Diogneto, el gran interés que tienes por conocer la religión de los cristianos, y muy clara y puntualmente deseas saber sobre ellos: en qué Dios confían y cómo le adoran que todos desdeñan el mundo y desprecian la muerte <sup>1 bis</sup>, no consideran dioses los tenidos por tales por los griegos ni conservan la superstición <sup>2</sup> de los judíos, qué amor tan entrañable se tienen unos a otros, y por qué ahora y no antes ha venido a la existencia este nuevo linaje <sup>2 bis</sup>. Te felicito por este deseo tuyo, y pido a Dios, que nos otorga el hablar y el oír, a mí me conceda hablar de tal modo que sea provecho para ti oírme y a ti el escucharme de forma que no quede descorazonado el orador.

II. Mas cuando te hayas purificado de todos los prejuicios que asedian tu mente y te hayas despojado de las costumbres engañosas y hecho completamente hombre nuevo <sup>3</sup>, como el que va a escuchar una doctrina nueva, según tú mismo confiesas, mira no sólo con los ojos sino también con la razón de qué sustancia y de qué figura son los vosotros decís y tenéis por dioses. 2. ¿Alguno no es una piedra <sup>4</sup> como las que pisamos; otro, metal no mejor que los cacharros fabricados para nuestro uso; otro, madera, además podrida; otro, plata que necesita de un vigilante para que no sea robado; otro, hierro oxidado por el orín; otro, arcilla no más preciosa que la empleada para el uso más servil? 3. ¿No son estas cosas de materia corruptible? ¿No son fabricados de hierro por el fuego? ¿No las modeló el picapedrero, o el fundidor o el platero, o el alfarero? <sup>5</sup>. ¿Antes de ser modelados por los

artífices en la forma que ahora tienen, no eran transformables? ¿Los cacharros de ahora, siendo de la misma materia, no serían semejantes a ellos si hubiera los mismos artesanos? 4. Inversamente, esas cosas que vosotros adoráis ahora, no podrían ser por los hombres cacharros semejantes a los demás? ¿No son todas sordas, ciegas, inanimadas, insensibles, inmóviles? ¿No se pudren o se corrompen todas? 5. A todas esas cosas llamáis dioses; a esas servís; a esas adoráis; a esas os hacéis semejantes<sup>6</sup>. 6. Por eso aborrecéis a los cristianos, porque no las reconocen dioses. 7. ¿Por qué estimándolos y creyendo en ellos, no los despreciáis mucho más que ellos? ¿Acaso no los burláis y ultrajáis, dando culto a los de piedra y arcilla sin estar guardados, a los de plata y oro encerrándolos de noche y poniendo guardias por el día para que no los roben? 8. Con los honores que parecéis tributarles, más bien los castigáis, si es que sienten; mas si son insensibles, pensando aplacarlos por la sangre y los sacrificios humeantes, ¿alguno de vosotros soportaría esas cosas, aguantaría que se las hicieran a él? 9. Mas ningún hombre soporta de buena gana semejante sufrimiento, porque tiene sensibilidad y razón; en cambio la piedra lo soporta porque no siente; luego no estáis convencidos de su sensibilidad. 10. Sobre el porqué los cristianos no sirven a tales dioses, muchas cosas puedo decir; pero si lo dicho no le pareciere suficiente a alguno, considero inútil decir más.

III. Después de esto, presagio que deseas sobre todo escuchar por qué ellos no dan culto a Dios como los judíos. 2. Ahora bien, los judíos, en cuanto se apartan de la sobredicha idolatría, tienen razón de pensar que tributan el debido honor al Dios uno y señor de todas las cosas; mas en el hecho de tributarle ese culto de modo semejante a los antedichos, se equivocan completamente. 3. Porque si los griegos dan prueba de insensatez ofreciendo aquellas cosas a ídolos insensibles y sordos, éstos, pensando ofrecerlas como si Dios necesitara de ellas, más bien hay que decir que practican una necedad, no una religión. 4. Porque “el que ha hecho el cielo y la tierra y cuanto en ellos se contiene”<sup>7</sup> y que nos suministra a todos nosotros cuanto necesitamos, de nada necesita<sup>8</sup> de aquellas cosas que da a los que creen ofrecérselas. 5. Mas los que creen ofrecerle sacrificios de sangre y grasa y holocaustos y que estos honores le enaltecen, en nada me parecen diferenciarse de los que tributan ese mismo honor a los ídolos mudos que ninguna parte pueden tener en tales honores. ¡Imaginarse ofrecer a quien no necesita de nada!

IV. Por lo demás, estimo que no tengas necesidad de aprender de mí sobre sus escrúpulos respecto a los alimentos, sobre la superstición de los sábados, sobre el orgullo de la circuncisión, la simulación de los ayunos y novilunios, cosas ridículas y no dignas de mención <sup>9</sup>. 2. Porque, ¿cómo no va a ser abominable que de las cosas creadas por Dios para uso de los hombres, unas sean aceptadas como bien creadas y otras sean rechazadas como inútiles y superfluas? 3. ¿Cómo no va a ser impío calumniar a Dios que prohíbe hacer el bien en sábado? <sup>10</sup>. ¿Cómo no va a ser ridículo sentirse orgullosos de la mutilación de la carne como señal de elección, como si por esto fuesen amados particularmente por Dios? 5. El que estén continuamente observando los astros y la luna para establecer el curso de los meses y de los días <sup>11</sup> y distribuir las disposiciones de Dios y de los tiempos conforme a sus propios impulsos, unos para fiestas, otros para duelos, ¿quién no lo tendrá más como prueba de insensatez que de religión? Así pues, estimo que lo dicho sea suficiente para que los cristianos con razón se aparten no sólo de la común vanidad y engaño sino también del ritualismo y orgullo de los judíos. Mas el misterio de su propia religión no esperes poder aprenderlo de hombre alguno <sup>12</sup>.

V. Los cristianos, en efecto, no se distinguen de los demás hombres ni por la tierra, ni por el habla, ni por las costumbres; 2. porque ni habitan ciudades propias, ni hablan lengua extraña, ni llevan un género de vida distinto del ordinario. 3. En verdad, enseñanza tal no ha sido inventada por ellos gracias al talento y especulación de hombres curiosos, ni se adhieren, como otros hacen, a una doctrina humana. Habitando ciudades griegas y bárbaras, según la suerte de cada uno, y adaptándose en vestido y en comida y en todo lo demás a los usos y costumbres de cada país, muestran admirable y manifiestamente paradójica la forma de su comportamiento ciudadano. 5. Habitan sus propios países, pero como peregrinos <sup>13</sup>; toman parte en todo como ciudadanos y soportan todo como extranjeros; toda tierra extraña es patria suya, y toda patria, tierra extraña <sup>14</sup>. Se casan como todos, tienen hijos; pero no exponen a los recién nacidos. 7. Comparten mesa común, pero no lecho. 8. Están en la carne, pero no viven según la carne <sup>15</sup>. 9. Pasan la vida en la tierra, pero tienen la ciudadanía en el cielo <sup>16</sup>. 10. Obedecen las leyes establecidas, pero con sus vidas sobrepasan las leyes <sup>17</sup>. 11. Aman a todos, y por todos son perseguidos <sup>18</sup>. 12. Se les desconoce, y se les condena; se les da muerte, pero

se les da vida <sup>19</sup>. 13. Son pobres, y enriquecen a muchos <sup>20</sup>; carecen de todo, y en todo abundan <sup>21</sup>. 14. Son deshonrados, y en las deshonras son glorificados <sup>22</sup>; se habla mal de ellos y son declarados justos. 15. Son vituperados y bendicen <sup>23</sup>; son injuriados y dan honra. 16. Haciendo el bien son castigados como malos; castigados, se alegran vueltos a la vida <sup>24</sup>. 17. Por los judíos se les combate y por los griegos son perseguidos; y los que los odian no saben decir la causa de su odio.

VI. Para decirlo brevemente, lo que es el alma en el cuerpo, eso son en el mundo los cristianos. 2. El alma está esparcida por todos los miembros del cuerpo, y los cristianos por las ciudades del mundo. 3. Habita el alma en el cuerpo, pero no es del cuerpo; y los cristianos habitan en el mundo, pero no son del mundo <sup>25</sup>. 4. El alma invisible está encerrada en el cuerpo visible; y los cristianos son conocidos como estando en el mundo, pero su religión permanece invisible. 5. La carne aborrece y combate al alma, sin recibir agravio alguno, porque no le deja gozar de los placeres <sup>26</sup>; y el mundo odia a los cristianos, sin recibir agravio alguno, porque se oponen a los placeres <sup>27</sup>. 6. El alma ama la carne y los miembros que la odian; y los cristianos aman a los que los odian <sup>28</sup>. 7. El alma está encerrada en el cuerpo, pero ella mantiene el cuerpo; y los cristianos son retenidos en el mundo como en una cárcel <sup>29</sup>, mas ellos sostienen el mundo. 8. El alma inmortal habita en tienda perecedora <sup>30</sup>; y los cristianos peregrinan en lo corruptible, aguardando la incorrupción en los cielos <sup>31</sup>. 9. El alma, mortificada en las comidas y bebidas, se mejora; y los cristianos castigados día tras día se multiplican más y más. 10. A tal puesto los señaló Dios, del que no les es lícito desertar.

VII. Porque, como dije, no es invención terrena la que les fue entregada, ni tienen por digno guardarse tan escrupulosamente un pensamiento mortal, ni se les ha confiado la economía de los misterios humanos <sup>32</sup>. 2. Ma verdaderamente el mismo omnipotente <sup>33</sup>, creador e invisible Dios, El mismo desde el cielo asentó y confirmó en sus corazonas la verdad y la palabra santa e incomprensible a los hombres; no enviando, como alguno pudiera imaginar, a los hombres a algún subordinado o un ángel o algún "arjonte" de los que gobiernan las cosas terrestres u otro de los que tienen confiadas las administraciones en los cielos, sino el mismo artífice y demiurgo de todo, por

quien creó los cielos, por quien encerró el mar en sus propios límites<sup>34</sup>, cuyos misterios guardan fielmente todos los elementos, de cuya mano recibió el sol las medidas que ha de observar en sus carreras del día, a quien obedece la luna cuando la manda lucir por la noche, a quien obedecen las estrellas que forman el séquito de la luna en su carrera, por quien todo fue ordenado y definido y sometido: los cielos y cuanto en los cielos hay; la tierra y cuanto en la tierra hay; el mar y cuanto en el mar hay: fuego, aire, abismo; lo que está en lo alto, lo que está en lo profundo, lo que está entremedio: a éste envió a los hombres.

3. Mas, ¿acaso algún hombre podría pensar que fue para la tiranía, el terror y el espanto? 4. Ciertamente no. Sino enviándole en clemencia y mansedumbre<sup>35</sup>, como un rey envió a su Hijo, como a Dios lo envió, como hombre a los hombres lo envió; lo envió para salvar<sup>36</sup>, para persuadir; no haciendo violencia, porque en Dios no se da la violencia<sup>37</sup>. 5. Lo envió para llamar, no para castigar; lo envió para amar, no para juzgar<sup>38</sup>. 6. Porque lo enviará como juez; y ¿quién resistirá su presencia?<sup>39</sup>... 7. ¿No ves cómo son arrojados a las fieras para obligarlos a negar al Señor y no son vencidos? 8. ¿No ves cómo cuanto más son castigados más se multiplican otros? 9. Tales obras no parecen de hombre; son fuerza de Dios; son pruebas de su presencia.

VIII. Porque, ¿quién, en absoluto, de los hombres sabía lo que es Dios, antes de venir El mismo? O ¿aceptarás los vanos y estúpidos discursos de aquellos acreditadísimos filósofos, algunos de los cuales dijeron que Dios era fuego (a donde deberían ir ellos, a eso llaman Dios), otros agua, otros otro cualquiera de los elementos creados por Dios? 3. Por lo menos, si alguna de estas doctrinas fuera admisible, de cada una de las demás criaturas podría igualmente afirmarse que es Dios. 4. Pero todas esas cosas son monstruosidades y desvarío de encantadores. 5. Mas ningún hombre (lo) vio ni conoció<sup>40</sup>, sino El mismo se manifestó. 6. Se manifestó por la fe, la única capaz de ver a Dios<sup>41</sup>.

7. Porque Dios, Señor y demiurgo de todo, que ha hecho todo y dispuesto con orden, se hizo no sólo filántropo sino también magnánimo<sup>42</sup>. 8. Mas El fue tal siempre y es y será, benigno y bueno y sin ira y verdadero, y solo El es bueno<sup>43</sup>. 9. Concibiendo un grande e in-

efable pensamiento, lo comunicó a su solo Hijo <sup>44</sup>. 10. Mas, en tanto mantenía en misterio y se guardaba su sabio consejo, parecía descuidarse y no acordarse de nosotros. 11. Pero lo desveló por medio de su amado Hijo <sup>45</sup> y dio a conocer lo que tenía preparado desde el principio; todo nos lo dio juntamente; y participar de sus beneficios y ver y entender. ¿Quién de nosotros habría jamás aguardado?

IX. Así, teniendo dispuesto todo en sí mismo con su Hijo, durante el tiempo anterior, nos dejó a nuestro talante que fuéramos llevados por desordenados impulsos, seducidos por placeres y concupiscencias <sup>46</sup>, no aceptando realmente nuestros pecados, sino soportándolos, ni complaciéndose entonces en aquel tiempo de iniquidad, sino preparando el momento actual de justicia para que, convictos en el tiempo anterior de nuestras propias obras indignas de vida, ahora seamos hechos dignos por la bondad de Dios y tras habernos hecho ver a nosotros mismos que es imposible “entrar en el reino de Dios” <sup>47</sup>; por el poder de Dios seamos capaces.

2. Mas cuando nuestra maldad llegó a su colmo y se puso de manifiesto que la única paga que podíamos esperar era castigo y muerte, vino el momento <sup>48</sup> que Dios tenía predeterminado para manifestar en lo sucesivo su bondad y poder (oh superabundancia de filantropía y de amor de Dios) <sup>49</sup>; no nos aborreció ni nos arrojó ni nos guardó rencor, sino que tuvo paciencia; nos soportó, teniendo misericordia él mismo tomó nuestros pecados <sup>50</sup>; él mismo entregó a su propio Hijo como rescate por nosotros <sup>51</sup>, al santo por los inicuos <sup>52</sup>, al inocente por los malos <sup>53</sup>, al justo por los injustos <sup>54</sup>, al incorruptible por los corruptos <sup>55</sup>, al inmortal por los mortales. 3. Porque, ¿qué otra cosa podía cubrir nuestros pecados sino la justicia de Aquel? <sup>56</sup>. 4. ¿En quién otro era posible que nosotros, inicuos e impíos, fuéramos justificados, sino en el solo Hijo de Dios? 5. ¡Oh dulce trueque, oh operación impenetrable, oh beneficios inesperados! <sup>57</sup>, para que la iniquidad de muchos quedara oculta en un sólo justo, y la de uno solo justifique a muchos inicuos <sup>58</sup>.

6. Así, convenciéndonos en el tiempo pasado de la imposibilidad de nuestra naturaleza para alcanzar vida y ahora mostrando al Salvador capaz de salvar aun lo insalvable, por ambos lados quiso que nosotros creyéramos en su bondad y que le consideráramos sustentador, padre, maestro, consejero, médico, inteligencia, luz, honor, gloria, fuerza, vida, sin preocuparnos por el vestido y la comida <sup>59</sup>.

X. Si tú también deseas ardientemente esta fe y la abrazas, comenzarás a conocer al Padre. 2. Porque Dios amó a los hombres <sup>60</sup>; por ellos hizo el mundo; a ellos sometió cuanto hay en la tierra <sup>61</sup>; les dio la razón y la inteligencia; a los únicos que permitió mirar al cielo para verle; los plasmó a su propia imagen <sup>62</sup>; a ellos envió a su Hijo Unigénito <sup>63</sup>; les prometió el reino en el cielo y lo dará a los que le hayan amado. 3. Mas cuando (le) conozcas, ¿de qué alegría, piensas, serás colmado? ¿O cómo amarás a quien así te amo antes a ti? <sup>64</sup>. 4. Amándole, serás imitador de su bondad. Y no te maravilles de que el hombre pueda llegar a ser imitador de Dios. Puede, si El quiere. 5. Porque no está la felicidad en dominar sobre nuestros prójimos ni en querer estar encima de los más débiles ni enriquecerse y violentar a los necesitados; en estas cosas nadie puede imitar a Dios, sino que todo es ajeno a la magnificencia de él. 6. Mas el que soporta la carga de su prójimo <sup>65</sup>, el que en aquello que es superior quiere hacer el bien al que es inferior, el que suministrando a los necesitados lo que él recibió de Dios, se hace Dios de los que reciben; ése es imitador de Dios.

7. Entonces, aun morando en la tierra, contemplarás cómo Dios tiene en los cielos su ciudadanía <sup>66</sup>; entonces comenzarás a hablar los misterios de Dios <sup>67</sup>; entonces amarás y admirarás a los que son castigados por no querer negar a Dios; entonces condenarás el engaño y el extravío del mundo, cuando conozcas verdaderamente la vida en el cielo, cuando desprecies la que aquí parece muerte, cuando temas la que es realmente muerte, que está reservada a los que han de ser entregados al fuego eterno, el que ha de atormentar hasta el fin a los entregados a él. 8. Cuando conozcas aquel fuego, entonces admirarás y tendrás por bienaventurados a los que por la justicia soportan este fuego.

XI. No hablo cosas extrañas ni busco nada absurdo, sino que, siendo discípulos de los apóstoles, soy maestro de las naciones, transmito fielmente lo recibido a los que se han hecho discípulos de la verdad. 2. Porque, ¿quién, instruido rectamente y engendrado por el Verbo amable, no busca sabiamente aprender lo que fue mostrado abiertamente por el Verbo a los discípulos, a los cuales se manifestaron los misterios del Padre? 3. No sin razón envió al Verbo, para que se manifestara al mundo; el cual, que despreciado por el pueblo, predicado por los apóstoles, fue creído por los gentiles <sup>68</sup>. 4. El que era desde el principio <sup>69</sup>, ha aparecido nuevo <sup>70</sup>; fue hallado viejo y nace

ahora joven en los corazones de los santos. 5. El que es desde siempre, hoy <sup>71</sup> es reconocido Hijo, por quien la iglesia se enriquece y la gracia derramada se multiplica en los santos, confirmando inteligencia, manifestando misterios, anunciando los tiempos, alegrándose en los creyentes, ofreciéndose a los que la buscan, a los que no quebrantan la regla de la fe ni traspasan los límites de los padres. 6. Luego se canta el temor de la ley, se reconoce la gracia de los profetas, la fe de los evangelio se afirma, la tradición de los apóstoles se guarda y la gracia de la iglesia salta de alegría. 7. No contristando esta gracia, conocerás lo que el Verbo habla por medio de los que quiere, cuando quiere. 8. Porque cuanto fuimos movidos a explicar con celo por voluntad del Verbo que las inspira, por amor de las cosas mismas reveladas, os hacemos partícipes con nosotros.

XII. Acercándonos y escuchando con atención, sabréis lo que Dios procura a los que (le) aman rectamente <sup>72</sup>; los cuales llegarán a ser un paraíso de delicias <sup>73</sup>, un árbol cargado de frutos, frondoso, adornados en sí mismos de frutos variados. 2. Porque en este lugar son plantados el árbol del conocimiento y el árbol de la vida <sup>74</sup>; pero no mata el de la ciencia, sino que mata la desobediencia. 3. Porque no sin razón está escrito cómo Dios al comienzo plantó “el árbol del conocimiento y el árbol de la vida en medio del paraíso”, mostrándonos por el conocimiento la vida. Mas no usándolo de manera pura, los primeros hombres quedaron desnudos por seducción de la serpiente. 4. Porque no hay vida sin conocimiento, ni conocimiento seguro sin vida verdadera. Por eso los dos fueron plantados uno junto al otro. 5. Viendo el apóstol esta fuerza y reprendiendo el conocimiento ejercitado sin la prescripción de la verdad en orden a la vida, dice: “el conocimiento infla, pero la caridad edifica” <sup>75</sup>. 6. Porque el que piensa saber algo sin el conocimiento verdadero y atestiguado por la vida, no sabe nada: es seducido por la serpiente, porque no ha amado la vida; mas el que conoce con temor y busca la vida planta en esperanza <sup>76</sup>, aguada fruto. 7. Sea para ti el conocimiento, corazón; el Verbo verdadero, recibido, vida. 8. Teniendo el árbol y deseando el fruto, cosecharás siempre lo que es deseable a Dios; al que la serpiente no toca ni se mezcla el engaño, ni Eva es seducida sino es creída virgen; 9. y la salvación es mostrada, y los apóstoles se vuelven sabios y la pascua del Señor se adelanta, los tiempos se cumplen y se establece la armonía con el mundo, y el Verbo se complace enseñando a los santos, por quien el Padre es glorificado: A El la gloria por los siglos. Amén.

## NOTAS

1. cfr Lc 1, 3; Act 23, 26; 24, 3; 26, 25
- 1.bis cfr Justino, 1 Apol 11; 39; 57; 2 Apol 10.
2. cfr Act 25,19; 17, 22.
- 2.bis cfr Aristides, Apol 16, 4; Taciano, Or 31; Teófilo, Ad Aut. III, 1; Arnobio, II, 75.
3. cfr Ef 4, 22-24; Col 3, 10; Ign Ef 20, 1; et. Bern 6, 14; 16, 8.
4. cfr Deut 4, 28; et. Is 44, 9-20; Jer 10, 3-5; Sab 13, 16; 15, 7.
5. cfr Jer 10, 3-5; Hab 2, 18-19; Bar 6.
6. cfr Ps 113 B LXX, 4-8; 134, 15-18; et. Sab 15, 15.
7. Ex 20, 11; Ps 145, 6; Act 14, 15.
8. cfr Act 17, 24-25.
9. cfr Col 2, 16s.
10. cfr Lc-6, 9; 13, 14-16; 14, 3-5.
11. cfr Gál 4, 10.
12. cfr Gál 1, 12.
13. cfr Ef 2, 19; Heb 11, 13-16; 1 Pe 2, 11 etc. Frecuente en los PP.AA.
14. cfr Hermas, Sim 1, 1; Clem Alej, Paed 3, 8, 1.
15. 2 Cor 10, 3; Rom 8, 12. 13.
16. Filp 3, 20; Heb 13, 14.
17. cfr Rom 13, 1; Tit 3, 1; 1 Pe 2, 13.
18. cfr Mt 5, 11 y parl.
19. 2 Cor 6, 9.
20. 2 Cor 6, 10.
21. 2 Cor 6, 10.
22. cfr Act 5, 14; et. Mc 12, 4; Lc 20, 11.
23. 1 Cor 4, 10. 12. 13.
24. 2 Cor 6, 9-10.
25. cfr Jn 17, 11-16; 15, 19.
26. Gal 5, 17.
27. Jn 15, 18-19; 1 Jn 3, 13.
28. Mt 5, 44; Lc 6, 27.
29. cfr Platón, Phaedr 62b; Ps Platon, Axiohcoc 365 e; Cicerón, Tusc I, 30.
30. cfr 2 Pe 1, 13; 2 Cor 5, 1.
31. cfr 1 Cor 15, 50.
32. cfr Ef 3, 9; 1 Cor 4, 1; 9, 7.
33. cfr 2 Cor 6, 18; Apoc 1, 8.
34. cfr Ps 103, 9; Prov 8, 27-29; Job 26, 10; 38, 8-11; 1 Clem 33, 3.
35. Zac 9, 9; Mt 21, 5; 1 Clem 30, 8.
36. Jn 3, 17.
37. Mal 3, 2; cfr Ireneo, AH IV, 59, 4; 60, 1; IV, 64, 3.
38. cfr Jn 3, 17.
39. cfr Mal 3, 2.
40. cfr Jn 1, 18; et. Mat 11, 25ss y parl Lc 10, 22.
41. cfr Rom 3, 25s.

42. cfr Tit 3, 4; Rom 2, 4.
43. Mt 19, 17; Mc 10, 18; Lc 18, 19.
44. La ep usa indistintamente "país" y "hyos", frecuentes ambos términos en Did Bern 1 Clem y Mart Pol.
45. cfr Mt 3, 17; 17, 5; Bern 7, 11; et. Did 9-10.
46. Tit 3, 3.
47. Jn 3, 5; cfr Bern 7, 11.
48. Gál 4, 4.
49. Tit 3, 4. 5; cfr Clemente Alej., Protr IX 82, 2.
50. Is 53, 4. 11.
51. Rom 8, 32; et. 1 Tim 2, 6; Mt 20, 28; Mc 10, 45.
52. Act 3, 14; 4, 27. 30; cfr Mc 1, 24; Lc 4, 34; Jn 6, 69; 1 Jn 2, 20.
53. Heb 7, 26.
54. 1 Pe 3, 18; Act 3, 14; 7, 52; Lc 23, 47; Mt 27, 19; 1 Jn 1, 9; 2, 1.
55. cfr 1 Pe 3, 4.
56. Sant 5, 20; 1 Pe 4, 8; Ps 84, 3; 1 Clem 49, 5.
57. Rom 11, 33; Ef 3, 5.
58. Rom 5, 15s.
59. Mt 6, 25-31; Lc 12, 29.
60. Jn 3, 16; 1 Jn 4, 9.
61. Gén 1, 26. 27.
62. Gén 1, 26; cfr Bern 6, 11.
63. Jn 3, 16; 1 Jn 4, 9.
64. 1 Jn 4, 19.
65. Gál 6, 2.
66. Ef 6, 9; Col 4, 1.
67. 1 Cor 14, 2.
68. 1 Tim 3, 16.
69. 1 Jn 1, 1; 2, 13. 14.
70. El autor juega con los adj. "kainos" (nuevo, reciente) y "palaios", respondiendo al interrogante inicial "cur tan sero Deus?"
71. Ps 2, 7; Mt 3, 17.
72. 1 Cor 2, 9.
73. Gén 2, 15; 3, 24; Jl 2, 3.
74. Gén 2, 9.
75. 1 Cor 8, 1.
76. 1 Cor 9, 10.

## INDICE

Ignacio de Antioquía .....	5
Epístola a los Efesios .....	11
Epístola a los Magnesios .....	21
Epístola a los Trallanos .....	27
Epístola a los Romanos .....	33
Epístola a los Filadelfios .....	39
Epístola a los Esmirnenses .....	45
Epístola a Policarpo .....	51
Policarpo de Esmirna .....	55
Epístola a los Filipenses .....	59
Martirio de Policarpo .....	69
Epístola a Diogneto .....	85